

SERAFIN J. GARCIA

Piquín y Chispita



RELATO PARA NIÑOS

SAR

7

VOCABULARIO

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
"SERAFIN J. GARCIA"
VERGARA

A

- ABSORTO. — Admirado, en suspenso.
ACERRIMO. — Muy tenaz y firme.
ACHAPARRADO. — El árbol o bosque bajo y muy ramoso.
ALBARDON. — Grupo tupido de plantas de una misma especie.
AL UNISONO. — De manera concorde y simultánea. Sin disonancias.
ALUVION. — Invasión violenta de agua. Inundación.
ARABESCO. — Adorno, decoración artística. (Viene de árabe.)
ARGENTADO. — Plateado.
ARROBADO. — Extasiado.
ASTA. — Cuerno de los animales. Tiene otras acepciones.
ATALAYA. — Sitio elevado desde donde se puede avistar el contorno a gran distancia.
ATIBORRADO. — Repleto, lleno en demasía.
ATISBAR. — Acechar, observar con cuidado y minuciosidad.
ATONITO. — Estupefacto, asombrado.
AZORO. — Sobresalto, inquietud medrosa.

B

- "BARBA DE PALO". — Planta parásita en forma de hilillos grises que se adhiere al tronco de ciertos árboles.
BRONCO. — Desapacible, rudo, áspero.

C

- CAMALOTE. — Planta acuática de fuertes hojas carnosas y bellísima flor celeste.
CANDELA. — Lumbre, fuego.
CARDUMEN. — Grupo de peces.
CENIT. — El punto céntrico del firmamento.
CIENAGA. — Charca fangosa donde suelen hundirse y perecer los animales que sobre ella transitan. Tembladeral.
CIENO. — Lodo, fango.
COCUYO. — Insecto luminoso. Luciérnaga.
COMPUNGIDO. — Quejumbroso, lloroso.
CONFINADO. — Desterrado, en exilio.
CONGLOMERADO. — Unión o agrupamiento compacto.
CONVERGENTE. — Lo que se proyecta hacia un mismo punto.
CONVEXO. — El cuerpo de superficie curva más elevada en su centro que en sus bordes.
COREOGRAFICO. — Concerniente a la coreografía, arte de la danza.
CUITADO. — Afligido, angustiado.
"CUPI". — Promontorio de tierra dura donde habita en colonias el insecto del mismo nombre.

CH

- CHIRLE. — En este caso blando. Tiene otras acepciones.

D

- DE CONSUNO. — En unión, de común acuerdo.
DIURNO. — Relativo al día.
DUBITATIVO. — Con dudas o vacilaciones.

E

- EMBELESO. — Pasma o deslumbramiento ante algo muy hermoso.
ENFASIS. — Fuerza de entonación destinada a realzar el sentido de lo que se habla o lee.
ESCEPTICO. — Descreído, sin fe.
ESPADANA. — Planta de los bañados rioplatenses, perteneciente a la familia de las pajas.
EUFORIA. — Exaltación del ánimo. Brío o entusiasmo fuera de lo común.

F

- FANALILLO. — Farol pequeño.
FILIGRANA. — Trama hecha con hilos de oro y plata. Por extensión, todo bordado artístico en miniatura que se realiza con delicadeza y primor.
FORNIDO. — Fuerte, vigoroso.

G

- GALLARDO. — Alroso, bien plantado.
GIRANDULA. — Rueda o artefacto giratorio que despide luces de artificio.
GROTESCO. — Chocante, ridículo, estrafalario.
GUASUBIRA. — Especie de venadillo americano.

I

- ICTIOLOGICO. — De ictiología, rama zoológica que trata de los peces.
IMPOLUTO. — Purísimo, sin manchas.
INCIPIENTE. — Lo que recién comienza.
INESCRUTABLE. — Que no se puede conocer ni averiguar. Incomprensible.
INFATUADO. — Fatuoso, engreído, pagado de sí mismo.
"IN FRAGRANTI". — En el momento de realizar un acto. Es una expresión de origen italiano.
INGRAVIDO. — Muy leve, sin peso.
INSOLITO. — Desacostumbrado, infrecuente.

4005

217

INTERMITENTE. — Con interrupciones, sin continuidad.

INTREPIDO. — Resuelto, animoso, decidido.

INUSITADO. — Desusado, fuera de lo común.

IRIDISCENTE. — Lo que posee o refleja los colores del iris.

J

JAURIA. — Manada de perros.

JINETA. — Galón, distintivo jerárquico.

L

LIMOSO. — Que contiene limo. Fangoso, enlodado.

LINFA. — Nombre poético del agua. Tiene otras acepciones.

M

MINUSCULO. — Muy pequeño.

N

NECTAR. — En este caso, el jugo dulce de ciertas flores. Tiene otras acepciones.

O

ODISEA. — Viaje riesgoso y pródigo en aventuras. El vocablo tuvo su origen en el famoso poema de Homero "La Odisea".

OFIDIO. — Víbora.

ORIFICIO. — Agujero.

OSTENSIBLEMENTE. — De un modo muy visible.

P

PEREGRINAJE. — Viaje por tierras distantes de la propia.

PERIPLO. — Viaje acuático.

PETULANCIA. — Presunción, yapa e insolente.

PIROTECNIA. — El arte de producir fuegos artificiales.

"PIZZICATO". — Vocablo italiano que significa pellizco. Sonido que se obtiene pellizcando las cuerdas de un instrumento musical.

PLANDERO. — Lloroso, gimiente.

PLATICA. — Conversación.

POR ENDE. — En consecuencia.

PROMONTORIO. — Acumulación o elevación de tierra.

PRURITO. — En este caso escrúpulo excesivo. Tiene otras acepciones.

Q

QUELONIO. — Denomínase así a los reptiles de la familia de la tortuga, galápago, etc.

R

RAUDO. — Veloz, precipitado.

REMIGE. — Extremo del ala de las aves.

REPTAR. (De reptil). — Arrastrarse sobre el vientre al andar.

RESACA. — Desecho o residuo que el reflujo acumula en las márgenes de los mares, ríos o arroyos.

RESARCIR. — Indemnizar, reparar un daño, compensar.

RISPIDO. — Aspero.

RUMIANTE. — El animal que mastica por segunda vez las hierbas ingeridas, como la vaca, el ciervo, etc.

RUTILO. — Brillante, resplandeciente.

S

SAURIO. — Denomínase así a los reptiles del orden del cocodrilo, el lagarto, etc.

SIDERAL. — Relativo a los astros.

SIMETRICO. — Con proporción y armonía entre todas sus partes.

SINCRONIZADO. — Lo que ocurre simultáneamente y de manera concordante.

SOBRECOGIDO. — Sorprendido, intimidado.

SOLIDARIDAD. — Coparticipación en algo. Mancomunidad.

SORNA. — P'cardía o burla disimulada.

T

TACHONADO. — Adornado con tachones o tachuelas brillantes.

TOPICO. — En este caso, tema de conversación. Tiene otras acepciones.

TOTORA. — Planta de los bañados rioplatenses. Paja mansa.

TOZUDO. — Porfiado, terco.

TRAGALDABAS. — Voraz, glotón.

TRAPACERIA. — Engaño hecho con fines ilícitos.

TRISCAR. — En este caso retozar, revolver. Tiene otras acepciones.

V

VATICINIO. — Augurio, predicción, pronóstico. Anuncio anticipado de un hecho.

VICISITUD. — Orden sucesivo o alternado de acontecimientos ya favorables, ya adversos.

Y

YARARA. — Víbora venenosa.

SERAFIN J. GARCIA

PIQUIN

Y

CHISPITA

relato para niños

SEGUNDA EDICION

CARATULA E ILUSTRACION

CARLOS ESCOBAR



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
"SERAFIN J. GARCIA"
VERGARA

MONTEVIDEO

ORGANIZACION INTERNACIONAL
PARA EL LIBRO INFANTIL
PREMIO "HANS CHRISTIAN ANDERSEN 1970"
CUADRO DE HONOR

El Jurado tiene el placer de otorgar este

DIPLOMA DE MERITO

A

SERAFIN J. GARCIA

POR

"PIQUIN Y CHISPITA"

Esta obra ha sido seleccionada entre todas aquellas publicadas entre 1967 y 1968. Ella constituye una importante contribución a la Literatura para niños.

Esperamos que llegará a los niños de todos los países y ayudará a fortalecer el entendimiento internacional a través de los libros infantiles.

Bologna, Abril 4 de 1970.

La obra "Piquín y Chispita", del escritor compatriota Serafín J. García, acaba de ser objeto de una distinción internacional, al habersele seleccionado entre las diez mejores obras de la producción internacional de libros para niños publicados entre los años 1967 y 1968. Esta distinción significa su inclusión en el cuadro de honor del premio "Hans Christian Andersen", 1970, que adjudica cada dos años la Organización Internacional del Libro Juvenil.

La Medalla de Oro con que se premia la labor total de un escritor que ha dedicado su vida a escribir obras para niños, fue adjudicada en este año al escritor italiano Gianni Rodari. Habían sido también propuestos para obtener esta medalla, los escritores E. B. White, de EE.UU., Ela Peroci, de Yugoslavia y Ana María Matute, de España. Y entre los diez escritores seleccionados para integrar el cuadro de honor "Hans Christian Andersen" 1970, fue designado el autor compatriota Serafín J. García, por su magnífica obra "Piquín y Chispita".

El Jurado Internacional que se reunió en la ciudad de Bologna (Italia) para discernir estos premios, estuvo integrado por las siguientes personalidades, en representación, cada una, de su respectivo país:

Klaus Doderer, Alemania; Richard Bamberger, Austria; Jan Cervenka, Checoslovaquia; Aase Bredsdorf, Dinamarca; José Miguel de Azaola, España; Anne Pellowski, EE.UU.; Marc Soriano, Francia; Carla Poesio, Italia; Sekimachi Nerimaku, Japón; Lisa Christina Persson, Suecia; Jella Lepman, Suiza; Carlota Carvallo de Núñez, Perú; y Zorka Persic, Yugoslavia.

Dicho Jurado estuvo presidido por el Dr. José Miguel de Azaola, en representación de la Unesco, a la cual se halla adscrita la Organización Internacional del Libro Juvenil, organizadora de este certamen.

SERAFIN J. GARCIA. Poeta y narrador uruguayo contemporáneo, oriundo del Depto. de Treinta y Tres. Ha publicado numerosos libros, entre los que se destacan "Tacuruses", "Las Aventuras de Juan el Zorro", "Tierra Amarga", "Burbujas" y "Asfalto". Sus poemas y cuentos, inspirados casi siempre en los problemas vitales de nuestros campesinos, han alcanzado vasta popularidad, como así también sus relatos para niños, cuya lectura en escuelas y liceos del país ha sido autorizada por los respectivos Consejos de Enseñanza.



I EN BUSCA DE AVENTURAS

Un caluroso día de verano, mientras sus padres dormían la siesta sobre el fragante colchón de pasto seco, en la más honda y fresca galería de su casa subterránea, Piquín se encaminó sigiloso hacia la superficie, ávido por echar un vistazo al desconocido mundo de allá arriba.

Era la primera vez que desobedecía las órdenes paternas, y al hacerlo experimentaba una confusa mezcla de vergüenza y miedo. Pero su curiosidad pudo más que sus escrúpulos y lo indujo a seguir adelante, a pesar de la inusitada violencia con que le latía dentro del pecho el corazón.

Apenas se asomó al exterior quedó maravillado. El mundo era mucho más grande y bello de lo que había supuesto. Todo

lo que alcanzaban a ver sus asombrados ojos le parecía magnífico: el inmenso y radiante cielo azul; el río anchuroso y de plateadas aguas cuya corriente rumoreaba a lo lejos; el ágil vuelo de las golondrinas que se perseguían alegremente en el aire, cual si estuvieran jugando a la manchita; la ondulada extensión del campo verde, salpicado por graciosas florecillas de vistosos colores; y el buen sol que derramaba sobre todas las cosas su franca mirada de oro.

Absorto ante el espectáculo insospechado, ni siquiera advirtió Piquín que alguien se aproximaba a él, deslizándose ágilmente sobre los pastos. Y por eso se asustó muchísimo cuando una voz retozona y jovial le susurró al oído:

—Buenas tardes, simpático Tucutuco. ¿Qué estás haciendo ahí, tan quietecito?

Se volvió con rapidez y azoro y vio junto a sí una hermosa Lagartija, cuyo vestido verde resplandecía al ser tocado por los rayos del sol, y cuyos vivaces ojillos lo contemplaban con expresión amistosa.

—Yo no me llamo Tucutuco sino Piquín —fue lo único que acertó a responder, aunque tranquilizado ya ante la actitud amable y pacífica de su interlocutora.

La Lagartija no pudo menos que soltar una carcajada al oír aquella ingenua respuesta.

—Te llamarás como dices, amiguito; pero ello no impide que seas un verdadero tucutuco. Como no dejo yo de ser una lagartija aunque me llame Chispita.

—¿Chispita has dicho? ¡Qué nombre tan bonito!

—El tuyo también lo es. Y tú me gustas mucho, Piquín, pues tienes cara de bueno. ¿Qué te parece si nos hacemos compañeros y nos marchamos juntos por ahí, a ver un poco de mundo?

—¿De ese precioso mundo verde, con techo azul, que se extiende alrededor de nosotros?

—Naturalmente. ¿De cuál otro había de ser? —le respondió Chispita, riéndose otra vez de su ignorancia.

Piquín pensó rápidamente muchas cosas. Pensó que su padre se pondría furioso al enterarse de que él había partido sin

permiso; que su madre lloraría desconsoladamente por su ausencia; que acaso en esos remotos y misteriosos sitios que ansiaba descubrir no hubiese ni una sola hierbecilla tierna con qué alimentarse; y que seguramente, cuando llegara la noche, echaría de menos el blando colchón en que dormía, apretujado contra sus hermanitos, y el calor agradable de allá abajo. Pero volvió a contemplar el cielo azul, las raudas golondrinas, el inmenso campo verde salpicado de flores —bibíes y macachines, cardos y borrajas— que relucían al sol, y todos sus temores desaparecieron para dar paso a un entusiasmo incontenible.

—Tú sabes trabajar, Chispita? ¿Tienes algún oficio? —le preguntó no obstante a la Lagartija.

—¿Algún oficio, dices? ¡Qué curioso eres, Piquín! ¿Y para qué deseas saber si tengo oficio?

—Porque puede ocurrir que andando por ahí, lejos de nuestros padres, tengamos necesidad de ganarnos el sustento con nuestro propio trabajo alguna vez, ¿no te parece?

—¡Ah, sí! Por lo visto has nacido previsor, ¿eh? Pues, para que lo sepas, soy ilusionista. Sé cambiar de color en un instante. Mira.



Y uniendo la acción a la palabra, deslizóse zigzagueando Chispita hacia un pequeño matorral de pajas secas que había por allí cerca. De inmediato su hermoso traje verde se convirtió en amarillo.

Piquín la contemplaba boquiabierto de asombro.

—¿No te ha bastado esta demostración? ¿Quieres que te haga otra? —le interrogó Chispita, que evidentemente se sentía orgullosa de su hazaña.

Sin aguardar respuesta, pasó del matorral de pajas a otro de grisáceas plantas de marcela, situado un poco más lejos. Y, ante la mirada atónita de Piquín, el flamante vestido amarillo, se hizo gris.

—¡Eres maravillosa Chispita! —exclamó estupefacto el pequeño Tucutuco—. ¿Quién te concedió la gracia de poder cambiar de color con sólo proponértelo? ¿Acaso fue algún hada o algún mago?

—No seas tan curioso. Se trata de un secreto de familia que me está prohibido revelar —dijo la Lagartija



con aire de misterio—. ¿Y tú qué sabes hacer?

—Casitas subterráneas. Es el oficio de todos los míos.

—¡Magnífico! Así tendremos refugio cuando llueva o cuando haga mucho frío. ¿No te parece?

—Claro que sí. Las puedo construir en un instante.

—Eres admirable, Piquín. Pero vayámonos pronto, pues ardo en deseos de ver las maravillas que, según me ha contado mi viejo tío el Lagarto, existen en el mundo.

Piquín pensó de nuevo en sus padres, que sin duda continuarían durmiendo allá en el fondo de la oscura galería, y en sus pequeños hermanos, que acaso anduvieran ya buscándolo por todos los rincones, y tuvo pena de ellos.

Quiso decirle a Chispita que lo esperase un instante, que iba a bajar hasta su habitación y que volvía en seguida; pero ya la impaciente Lagartija lo había tomado de un brazo y lo arrastraba consigo por el campo, entonando una can-



ción que él no tardó en aprender y acompañar, pues eran muy pegadizos y fáciles sus versos y su música:

A cantar me enseñó el viento
y los juncos a danzar,
el arroyo a estar contento
y el camino a caminar.

Así, alegres y optimistas, iniciaron Piquín y Chispita su peregrinaje por aquel desconocido y misterioso mundo que tanto anhelaban ver, y donde les ocurrieron diversas aventuras que una tras otra habremos de ir narrando.



II JUAN SIN MIEDO

A poco de emprendida la marcha se encontraron nuestros pequeños viajeros con un obstáculo imprevisto que les cerraba el paso, y que en el primer momento les pareció insalvable.

Era un alto y nutrido pajonal, tan extraordinariamente largo, que sus extremos aparentaban tocar el horizonte en Sur y Norte a la vez, dividiendo en dos partes el inmenso campo.

Detuviéronse preocupados ambos compañeros, y Chispita se encaramó en la parte superior de un "cupí", procurando ubicar desde aquella altura algún camino que les permitiera atravesar el matorral de pajas.

Mientras tanto Piquín, que había empezado a asustarse ante la perspectiva de tener que regresar a su vivienda subterránea, y sufrir la inevitable reprimenda paterna, oyó que alguien le chistaba con insistencia desde la orilla misma del bañado.

Inmediatamente se puso a escarbar el suelo, tratando de abrir un agujero donde refugiarse, pues el miedo le hacía ver enemigos por todas partes. Y entonces llegaron hasta sus oídos unas risitas sofocadas que mucho lo avergonzaron, ya que comprendió que el invisible espectador se estaba burlando de su cobardía.



—¿Quién eres y por qué te escondes? —preguntó haciendo esfuerzos por disimular el temblor que había en su voz—. Si crees que de esa manera puedes asustarme estás completamente equivocado, amigo.

Volvió a reír el otro, y esta vez sin recato de ninguna especie, y de súbito apareció en la puerta de su madriguera, que estaba cuidadosamente oculta entre dos matas de paja y un albardón de gramilla.

—Buenas tardes, señor Apereá —saludó en ese instante Chispita, que acababa de descender de su atalaya—. ¿Podría usted indicarnos algún camino que cruce este bañado?

—De mil amores, mi pequeña Lagartija. Pero antes tendrás que decirme quién es el valiente mozo que te acompaña. ¡Já! ¡Já! ¡Já!

—Es mi amiguito Piquín, el Tucutuco.

chistar mis órdenes. Aquí mi voluntad es ley suprema, porque soy el más fuerte y el más bravo, ¿comprendes?

—Sí... señor tío... sí —respondió con voz trémula Piquín, impresionado por aquel desplante de su interlocutor.

Pero, para desgracia del engréido Apereá, surgió en aquel preciso momento de entre el pajonal una Crucera enorme, que al verlo empezó a reptar hacia él con el siniestro propósito de comérselo.

—¡Socorro! ¡Socorro! —se puso a gritar el pobre Juan sin Miedo, mientras las patitas le temblaban de una manera que, a no ser por lo dramático de su situación, hubiera resultado cómica.

El primer impulso del ingenuo Piquín fue aproximarse a la Víbora y pedirle que no le hiciera daño a su tío. Pero Chispita lo apartó de allí con un empujón violento y de inmediato, dando muestras de una temeridad y de un valor realmente extraordinarios, comenzó a girar en torno del ofidio. Tan grande era la velocidad con que lo hacía, que la Crucera tuvo la sensación de haber sido aprisionada dentro de un anillo verde. Furiosa, púsose a lanzar botes a diestra y siniestra, pero sin alcanzar con ninguno de ellos el cuerpo de la escurridiza Lagartija.

Cuando ya a ésta le empezaban a flaquear las fuerzas, y aumentaba por ende el riesgo de que hicieran presa en ella los temibles colmillos, acertó a pasar por allí una Avispa que sobrevolaba el pajonal con rumbo a su camoatí. Y apenas se hizo cargo de lo que estaba ocurriendo descendió resueltamente sobre la Crucera y le hundió varias veces en el cuerpo su aguijón.

Retorciéndose de dolor huyó entonces el ofidio a esconderse entre lo más espeso del bañado, mientras Chispita, jadeante de fatiga, se dejaba caer sobre los pastos, y la Avispa, solícita, pretendía reanimarla haciéndole aire con sus minúsculas alas.

Por su parte el Apereá, al advertir la fuga de la Víbora, volvió a envalentonarse y comenzó a gritar a voz en cuello:

—¡No dispaes, cobarde, no dispaes! ¡Acércate otra vez y te daré la paliza que mereces!

Chispita, recobrado ya el aliento, lanzó una carcajada al verle reincidir en su ridículo alarde de bravura.

—Cálmese, se lo ruego, señor Juan sin Miedo —díjole en tono zumbón—. Todos sabemos que usted es muy valiente. Ya lo hemos visto temblando de coraje hace un instante.

Y mientras el Apereá, avergonzado y confundido ante la pulla, fue a ocultarse en el fondo de su madriguera, la Lagartija se volvió hacia la Avispa:

—¿Cómo te llamas, amiga? —le preguntó.

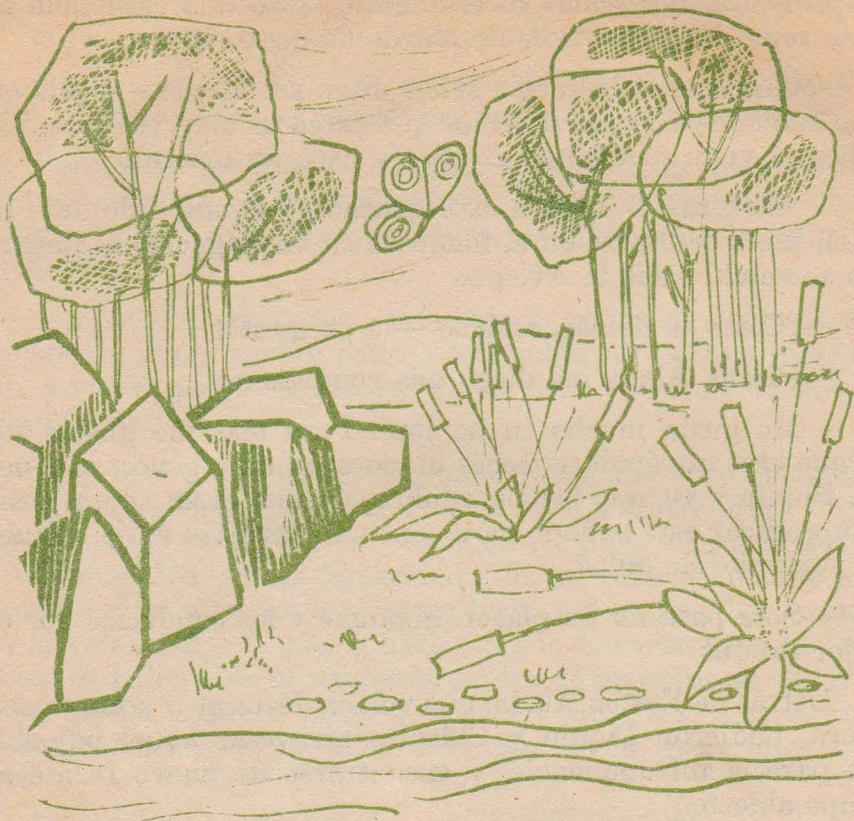
—Flecha Alada me dicen mis compañeras.

—Me gusta mucho tu nombre. Pero más me gustas tú, porque eres intrépida y tienes un corazón muy generoso y noble. Piquín y yo, que hemos salido a conocer el mundo, necesitamos cruzar este bañado para continuar nuestro viaje. ¿Quieres servirnos de guía?

—Será para mí un placer. Síganme y los conduciré por el mejor camino.

Detrás de Flecha Alada, que volaba despacio y a muy poca altura, pudieron Piquín y Chispita atravesar aquel pajonal, que parecía infranqueable, y encontrarse de nuevo frente al campo abierto.

Y tras de despedirse de la servicial Avispa, asegurándole que siempre la recordarían con afecto, reanudaron su marcha nuestros pequeños héroes.



III UN GIGANTE SERVICIAL

Un tanto fatigados ya a consecuencia de la larga caminata, avanzaban nuestros viajeros por la inmensa llanura, deteniéndose a cada instante para aspirar el aroma de alguna flor silvestre, o extasiarse ante la contemplación de alguna mariposa de brillantes colores que zigzagueaba en el aire luminoso de la tarde estival.

—Tenías razón, Chispita: el mundo es maravilloso —exclamaba frecuentemente Piquín, deslumbrado por el espectácu-

lo, siempre nuevo y espléndido, que la Naturaleza descubría paso a paso a la avidez de sus ojos.

—Y todavía no hemos visto nada, puede decirse, mi querido amiguito. Piensa que nuestro viaje recién ha comenzado.

Tan absortos iban ambos compañeros en el prodigio de aquella fiesta de luz y de color, que no habían advertido la proximidad del arroyo —bordeado por un montecillo achaparrado y ralo— hacia el cual se encaminaban. Y así fue que de improviso se encontraron frente a aquella cinta de agua serpenteante y cantarina, a través de cuyas ondas cristalinas relucían como pepitas de oro los innúmeros granos de la arena encendida por el brillante sol.

—¡Caracoles! ¿Y ahora qué haremos? —dijo Chispita—. Yo todavía no he aprendido a nadar.

—Y yo tampoco —añadió Piquín.

—Sin embargo, es preciso que atravesemos de cualquier modo el arroyo a fin de que nos sea posible continuar el viaje.

—¡No, no, de eso ni me hables! —exclamó ya asustado el pequeño Tucutuco—. Supongo que no tendrás deseos de ahogarte, Chispita.

—Por supuesto, tontuelo. ¡Con lo linda que es la vida!... Pero nos ingeniaremos para realizar la travesía sin ahogarnos.

Si no se te ocurre nada, cállate y déjame pensar a mí.

Mientras su amiga reflexionaba, con la cabeza graciosamente apoyada en las patitas delanteras, Piquín resolvió efectuar una exploración por las inmediaciones del lugar. Pero apenas había avanzado algunos metros, cuando un inesperado encuentro le hizo prorrumpir en gritos de terror y regresar junto a Chispita, a toda pisa.

—¡Un gigante! ¡Lo he visto! ¡Está ahí cerquita! —balbuceó con voz trémula—. ¡Huyamos antes de que nos devore!

—Espera, cobardón, que yo también quiero verlo —le respondió la intrépida Lagartija—. Acaso no sea tan fiero como te ha parecido.

Y deslizándose ágil y sutilmente por entre la hojarasca se aproximó al sitio que el azorado Piquín le señalaba, en tanto que éste, como medida elemental de precaución, poníase a cavar con rapidez una cueva en la barranca.

Lo detuvo en su tarea la sonora carcajada con que celebró Chispita el hallazgo del gigante.

—¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Pero si es el señor Buey que ha bajado al arroyo a tomar agua! —exclamó la Lagartija alborozada—. Ven, Piquín, a saludarlo. ¡Tu gigante es el ser más pacífico y bueno de este mundo! ¡Já! ¡Já! ¡Já!

Receloso y temblando todavía, asomó su cabeza el Tucutuco por detrás de un sauce. El Buey en tanto, con el hocico goteante y los rayos del sol espejeando en las pupilas dulces, los observaba amical, aunque intrigado.

—Buenas tardes y muchísimo gusto en conocerlo, señor —le dijo la ladina Lagartija—. ¿Cómo se llama usted, si no es indiscreción preguntárselo?

—Me llamo Sin Apuro. ¿Y ustedes, pequeñuelos?

—Yo soy Chispita y mi compañero es Piquín. Hemos salido a conocer el mundo, pues nos dijeron que era muy hermoso. Y creo que tenían razón. ¿No quiere acompañarnos?

—Muchas gracias, amiguita. Yo soy poco curioso. En los años que tengo nunca he abandonado este lugar, donde siempre hay buen pasto y la vida transcurre sin sorpresas.



—Lo lamento por usted, señor Sin Apuro. No sabe lo que se pierde.

—Tal vez. Pero cada uno debe vivir como le gusta siempre que no moleste a los demás. Y ahora díganme en qué puedo serles útil.

—Nos lo sería, y mucho, si nos indicara la forma de atravesar este arroyo que nos impide proseguir el viaje.

—Pues eso es sencillísimo —dijo entonces el Buey—. Ustedes se encaraman sobre mi lomo, y yo me comprometo a dejarlos sin riesgo alguno en la otra margen. ¿Aceptan?

—Encantadísimos, señor Sin Apuro. Será como un viaje en balsa —respondió Chispita palmoteando de júbilo.

El bondadoso Buey se echó para facilitarles el ascenso, y al punto estuvo la ágil Lagartija instalada en su ancho lomo. A Piquín, en cambio, le costó mucho subir, puesto que todavía tenía flojas las patitas a consecuencia del reciente susto.

El arroyo no era lo bastante hondo como para que Sin Apuro tuviera que nadar. Empero, el agua llegábale hasta la mitad del cuerpo. Y el medroso Tucutuco, viendo tan cerca de sí las cristalinas ondas, a través de las cuales se deslizaban como saetas de plata raudos pececillos, trataba instintivamente de asegurarse clavando sus largas uñas en la piel del manso Buey.

—¡Ea!, no me pinches tan fuerte, chiquillo —díjole entonces éste—, porque voy a creer que estoy arando y que tú eres la picana del amo. ¡Jé! ¡Jé! ¡Jé!

La fuerte carcajada de Sin Apuro hizo vibrar su poderoso lomo, lo cual contribuyó a aumentar aún más el miedo de Piquín, que hubiera dado cualquier cosa por hallarse en aquel instante dentro de su lejana casa subterránea, junto a sus padres y a sus hermanitos.

Muy distinto era en cambio el estado de ánimo de la osada Chispita, para quien la novedosa travesía acuática, con el espectáculo de los peces centelleantes y del vuelo de las aves reflejado en el cauce, constituía un paseo encantador.

Llegaron finalmente a la otra margen, luego de algunos minutos que a Piquín pareció una eternidad y a su amiga brevísimos segundos, y el Buey se echó de nuevo para que ambos viajeros pudieran saltar a tierra sin dificultades.

—Muchas gracias por su generosa ayuda, señor Sin Apuro —dijo entonces Chispita.

—Yo...ttt...también...lll...le agradezco... —tartamudeó Piquín.

—Sí, el buen susto que te he dado —bromeó el Buey, lanzando otra sonora carcajada a la que la traviesa Lagartija hizo dúo.

Se despidieron nuestros caminantes del servicial Sin Apuro, que les auguró un viaje afortunado y pródigo en diversiones y aventuras gratas, y prosiguieron andando, retemplado el brío por la cordialidad del noble Buey y su amable vaticinio.

—¿Y qué opinas ahora del temible gigante? —preguntó Chispita a su compañero cuando ya iban lejos, avanzando otra vez a campo abierto.

—Que es inofensivo y bueno como nadie —respondió Piquín—. Pero lo que no acierto a explicarme es que lo sea teniendo ese tamaño y esa fuerza.

—Tal vez por eso mismo, me imagino yo. Porque siendo tan grande y poderoso, su felicidad consiste en ayudar a los débiles. ¿Acaso hay algo más hermoso que poder hacer bien a los demás? Si yo tuviera la fuerza y el tamaño del señor Sin Apuro, procedería exactamente igual y viviría contenta.

—Tienes razón Chispita. Yo también lo haría —dijo entonces Piquín—. Y todos los gigantes tendrían que ser así.

Callaron nuestros andarines, satisfechos de aquel razonamiento, y prosiguieron el viaje a la busca de nuevas aventuras.



IV LA FIESTA DE LAS LUCIERAGAS

Con los últimos rayos del sol poniente llegaron nuestros héroes al borde de una encrespada serranía, entre cuyas piedras azuladas y grises engarfiaban sus raíces aromáticos molles y talas de recio tronco y espinosa fronda.

—He aquí un sitio espléndido para pasar la noche —dijo Chispita—. Acamparemos debajo de uno de esos talas, ¿no te parece?

—Yo preferiría abrir un buen agujero donde refugiarnos —contestó Piquín, que ante la proximidad de las sombras nocturnas había comenzado a experimentar un miedo incontenible—. Siempre estaremos más seguros debajo de la tierra.

—Hazlo, si quieres, por simple precaución, mi valeroso amigo —añadió entonces con sorna la traviesa Lagartija—. Aunque, a decir verdad, no creo que a nadie se le ocurra molestartos una noche tan bella como la que sin duda vamos a tener.

Al punto abrió Piquín una profunda galería subterránea donde pudieran caber holgadamente ambos. Y acabado su trabajo, como sentía mucha hambre, se puso a mordisquear con avidez los pastos del contorno.

—¡Ea! Yo también necesito comer algo, pues no sólo de aventuras vive una Lagartija —dijo Chispita al verle masticar a dos carrillos—. Lo malo es que tu alimentación no me satisface.

En ese instante pasó zumbando junto a ellos un rezagado Mangangá, de abdomen color tabaco, y luego de trazar algunos círculos en derredor de un tronco seco, se introdujo en el redondo orificio que servía de puerta a su vivienda.

Agil como un relámpago corrió hacia allí Chispita, y golpeando el tronco con las patas delanteras púsose a llamar:

—¡Señor Mangangá! ¡Señor Mangangá!

Se asomó éste a la puerta, la examinó atentamente, y preguntóle:

—¿Qué desea la señorita Lagartija?

—Que me obsequie con un poquito de su miel, pues me han asegurado que es la más deliciosa que se elabora en toda la comarca. Vengo desde muy lejos con la esperanza de poder saborearla, y estoy segura de que usted, como buen caballero, habrá de permitirme satisfacer ese antojo.

—Claro que sí, y con verdadero gusto —repuso el Mangangá, halagado por las palabras de la astuta Chispita—. Estoy haciendo mi provisión para el invierno; pero como soy soltero y no tengo por lo tanto hijos que alimentar, me encuentro en condiciones de acceder a su amable petitorio.

Dichas estas palabras, se introdujo de nuevo en su vivienda y retornó con dos largos cartuchitos de barro primorosa-

mente contruidos, y llenos hasta los bordes de una miel fina y dorada, que la Lagartija paladeó golosamente.

—Es más exquisita que la de las mismísimas abejas, Señor Mangangá —opinó luego de haber sorbido hasta la última gotita de aquel néctar silvestre—. Le agradezco con toda el alma su gentileza y espero poder retribuírsele algún día. Adiós, y que tenga usted muy buena suerte.

—Muchas gracias y a las órdenes, amable Lagartijita.

Volvió a entrar en su casa el Mangangá, y Chispita fue a reunirse con Piquín, que atiborrado ya de pasto reposaba bajo un tala.

—¡Qué astuta y elocuente eres! —le dijo éste admirado—. ¿Quién te enseñó a proceder y hablar así?

—Mi tío el Lagarto, que es un sabio, según dicen, y que conoce el mundo y sus moradores. Pero ahora cállate y disfruta conmigo este crepúsculo maravilloso.

Permanecieron ambos un buen rato inmóviles, contemplando el horizonte, donde una feérica profusión de tenues nubes, cuya luz iba degradando poco a poco la penumbra, cambiaba continuamente de formas y colores.

Encendió después el lucero vespertino su candelita azul, y como si sólo estuvieran aguardando su ejemplo, otras muchas estrellas comenzaron a fulgir aquí y allá. Pronto estuvo el firmamento entero tachonado de astros. Piquín y Chispita, absortos ante el grandioso espectáculo sideral, ni habían advertido siquiera la presencia de la noche que los envolvía por completo ya. El canto de un Grillo próximo les hizo bajar instintivamente los ojos hacia la tierra, y de inmediato otro cuadro no menos deslumbrador y atrayente acaparó la atención de ambos amigos. Desde todos los confines del campo afluían hacia allí millares de luciérnagas. Al cabo de unos minutos ya eran tantas, que el intermitente parpadeo de sus farolitos se tornó **enceguecedor**.

Al advertir la presencia del Grillo, que se había ido acercando lentamente a ellos, Chispita le preguntó:

—¿Qué sucede, simpático Grillito? ¿Por qué se han reunido aquí tantas luciérnagas?





—¿Pues no lo saben ustedes? ¿Son forasteros acaso? —respondió el interpelado—. Lo que ocurre es que hay una gran fiesta. Se casa Centellita de Oro, que es la más hermosa, con Fulgor Solar, el único galán digno de ella. Observen: ya se aproxima por allí el cortejo. Y perdonen que tenga que abandonarlos, porque soy integrante de la orquesta que ejecutará la música de la danza nupcial. Adiós.

Partió a saltitos el amable Grillo y nuestros héroes permanecieron allí, arrobados e inmóviles, presenciando la llegada del cortejo.

Adelante y volando a baja altura, en perfecta alineación, avanzaba una veintena de cocuyos jóvenes. Era la vanguardia de honor formada por los ejemplares más gallardos y apuestos de la colectividad. Luego, amorosamente entrelazadas las gráciles patitas, iban los novios, haciendo destellar al unísono sus rutilantes fanalillos. Y por último los familiares y amigos íntimos de la pareja.



Llegado que hubieron al sitio escogido para la ceremonia, los millares de luciérnagas que allí los esperaban formaron en torno a ellos un amplio y luminoso círculo, manteniendo sus faroles encendidos. Y fue como si un jirón del día se hubiera abierto paso dentro de las tinieblas.

Entonces un Cocuyo viejo, de aire grave y solemne, que oficiaba a la vez de juez y sacerdote, se aproximó a los novios e inició las preguntas del ritual:

—¿Estás resuelto, Fulgor Solar, a tomar por esposa a Centellita de Oro?

—Sí.

—¿Y tú, Centellita de Oro, aceptas desposarte con Fulgor Solar?

—Sí.

—¿Y juráis ambos, ante mí y ante el pueblo aquí reunido, guardaros mutuo respeto y mutua fidelidad?

—Lo juramos por nuestra propia luz, que nos alumbra el mundo.

—Entonces, desde este mismo instante, os declaro marido y mujer. Puede empezar la danza.

Apenas pronunciadas aquellas palabras, se abrió paso hasta el centro del luminoso círculo la orquesta, que hasta ese ins-



tante había permanecido oculta entre las sombras, y que estaba compuesta por un robusto Sapo acordeonista, una graciosa Rana castañueletera y el Grillo que hablara anteriormente con Chispita y Piquín, y que demostró ser un guitarrista notable en los “pizzicatos”.

Sonaron los primeros acordes de la danza nupcial, y nuestros atónitos héroes pudieron presenciar entonces un espectáculo tan maravilloso, que jamás habrían de olvidarlo en el resto de sus vidas.

Apagáronse de súbito, y al mismo tiempo, las candelas de todas las luciérnagas, excepto las de los novios, que iniciaron el baile persiguiéndose ágilmente por el aire al compás de la música, con exacto ritmo, para luego reunirse y dibujar en las tinieblas arabescos finísimos de luz. Por momentos parecían relámpagos danzantes. Otras veces se hubiera podido creer que eran estrellas vivas jugando a bordar la noche. Y de pronto volvieron a encenderse por millares los farolitos de los alegres cocuyos. Y la más variada y fantástica profusión de figuras coreográficas iluminó el espacio. Ya eran gigantescas mariposas de luz revoloteando sobre doradas retamas; ya espirales que ascendían armoniosamente, como fingiendo escalas para subir al cielo; ya surtidores cuyos chorros de agua rútila trazaban en el aire convergentes parábolas; ya girándulas que remedaban los más complicados y bellos fuegos de artificio.

Hasta muy altas horas de la noche duró aquella especie de pirotecnia fantástica, que Chispita y Piquín contemplaban con creciente embeleso.

Terminada la fiesta marcháronse los novios, seguidos del cortejo, y la muchedumbre de luciérnagas se fue diseminando también por el inmenso campo, donde uno tras otro comenzaron a apagarse sus alegres farolillos.

Dejó de sonar entonces el acordeón del Sapo. Enmudecieron las castañuelas de la vivaracha Ranita acompañante. Y nuestros dos viajeros, abrumados al fin por el cansancio de la intensa jornada, se durmieron con un sueño profundo, al que sirvió de arrorrió la infatigable música del Grillo, el único que continuaba desvelado, tañendo sin descanso su instrumento bajo la paz de la serena noche, acaso con la esperanza de que ahora pudieran oírle las estrellas.





V LOS PICHONES DE TORDO

Cuando Piquín y Chispita despertaron estaba ya muy avanzado el día. En el alto cielo azul reverberaba a sus anchas el claro sol veraniego. Y un creciente ajetreo de pájaros e insectos animaba el follaje de los árboles y la verde inmensidad del campo, sobre cuyos pastos comenzaban a evaporarse, entre irisados reflejos, las últimas gotitas del rocío nocturno.

A fin de evitar el cruce de la serranía, que era en extremo ríspida y escabrosa, se vieron precisados nuestros amigos a efectuar un larguísimo rodeo, y una vez que lograron despuntarla reanudaron alegremente el viaje, entonando a dúo aquella cuarteta de la jornada inicial, que tanto les gustaba y tanto ánimo les infundía:

A cantar me enseñó el viento
y los juncos a danzar,
el arroyo a estar contento
y el camino a caminar.

Habían andado ya un buen trecho cuando acertaron a pasar junto a un pequeño nido, mal oculto entre dos ralas plantas de carqueja.

—Es de Chingolos —aseguró Chispita—. Mira qué bien lo hacen.

Y ambos se detuvieron a examinarlo con curiosa atención, admirando su perfecta redondez y el esmero y paciencia con que los pajarillos mulleran su interior, revistiéndole de suaves hebras de lana, “barbas de palo” y cerdas de caballo prolijamente entrelazadas.

Cuando más absortos estaban en aquella contemplación, oyeron una especie de lamento sofocado que procedía de las inmediaciones. Echaron una rápida ojeada en derredor, intrigadísimos, y entonces vieron a mamá Chingolo, que creyendo sin duda que nadie la escuchaba, y hecha un mar de lágrimas, quejábase de su suerte hablando consigo misma en tono compungido.

—¡Qué desgracia tan grande! —murmuraba—. ¿Por qué ocurrirán en el mundo cosas tan injustas?

—No llore, por favor —le suplicó Chispita con voz tierna y solícita—. ¿Cuál es la causa de su desventura?

—Que dos de mis hijos me han salido negros —repuso la cuitada—. Y además son en extremo grandes y glotones. Mí-

renlos ustedes: allí van volando detrás de su pobre padre y pidiéndole de comer a voz en cuello. Así lo hacen todo el día, pues no se hartan jamás. ¡Ah, qué desgracia!

Miraron nuestros amigos hacia la dirección indicada, y vieron a papá Chingolo flanqueado por dos pichones de Tordo, diestros voladores ya, y que superaban ostensiblemente en tamaño a su supuesto progenitor.

Al punto recordó Chispita lo que le contara cierta vez su tío el Lagarto, gran observador de la naturaleza, acerca de las trapacerías de los pícaros tordos. Según el narrador aquellos pájaros, que de puro haraganes ni siquiera vivienda construían, se ocultaban entre la fronda de los árboles para desde allí atisbar a los horneros, chingolos u otras aves hacendosas, en la época en que éstos empezaban a incubar sus huevecillos. Y aprovechando cualquier momento propicio se les colaban al nido sin ser vistos y ponían allí, alejándose después muy satisfechos de lo que ellos consideraban una hazaña. Sus inocentes víctimas, incapaces de sospechar lo ocurrido, empollaban pacientemente, junto a los propios, aquellos huevos ajenos. Y así era como venían al mundo nuevos tordos, que a su tiempo realizarían igual maniobra en otros nidos, a fin de que la especie pudiera perpetuarse. “¿Y por qué son tan malos?”, había preguntado entonces a su tío la pequeña Lagartija. Y aquél le había respondido: “No es de ellos la culpa, mi querida sobrina. Ha sido la naturaleza quien los ha hecho astutos y tramposos. Pero, de todos modos, yo entiendo que los tordos tienen en la propia falta su castigo, ya que no disfrutan de la dicha de poseer un hogar y criar los propios hijos, que es, fuera de dudas, la mayor que existe. Por eso creo que han de ser los seres más desventurados de la creación”.

Ahora, viendo los “hijos” de mamá Chingolo, Chispita se dio cuenta de que ella también había sido víctima de los arteros tordos. Y como le inspiraba una piedad muy grande la desesperación del pobre pajarito, trató de aguzar su ingenio—ya rico y fértil por naturaleza— a fin de encontrar la forma de procurarle algún consuelo eficaz.



De pronto, cual si la misma Providencia hubiera querido ponerse de su parte, ocurrió algo imprevisto que sirvió para sugerirle la idea salvadora que con tanto afán buscaba.

Una bandada de tordos adultos que acertaba a pasar por el lugar, se detuvo momentáneamente en la copa de un árbol próximo. Eran todos ellos soberbios ejemplares de la vagabunda especie. Como estaban muy gordos, su espléndido plumaje, que lucía cambiantes reflejos acerados, brillaba alegremente bajo la luz solar. Y sus movimientos eran ágiles, graciosos y llenos de armonía.

—¡Qué hermosos son, verdad? —dijo Chispita—. ¿Le gustaría que sus hijos fueran como ellos?



—Claro que me gustaría. Pero esos son tordos y mis hijos son chingolos —respondió ingenuamente su interlocutora—. A lo más que yo podría aspirar para estos dos tragones, sería a que tuviesen un penachito bien formado y una linda golillita marrón, como la de su padre.

—Pues sin embargo, mi estimada señora, estoy en condiciones de asegurarle a usted que un día, no muy lejano ya, verá a sus hijos resplandecer como espejos a la luz del sol. Y serán tan gallardos y buenos voladores como esos hermosos pájaros que está viendo ahí ahora. Y todas las demás aves de esta comarca la envidiarán por haberles dado vida. Y entonces usted, y también papá Chingolo, por supuesto, se sentirán fe-

lices, y resarcidos con creces de los disgustos y trabajos que esos dos “tragones” les han proporcionado.

—¡Ojalá que fuera como tú dices, simpática Lagartijita! Pero nadie creería entonces que eran hijos nuestros, aunque a tí te parezca lo contrario.

—Y eso, después de todo, ¿importaría algo acaso? Bastaría y sobraría con que ustedes supieran que era así.

—¡Ah, mi pequeña y buena Lagartija! ¡Cuánto consuelo y cuántas esperanzas me brindan tus palabras! —exclamó mamá Chingolo en tono agradecido, y sonriendo por primera vez.

—Pues me alegro mucho de ello, y le aseguro que esas esperanzas pronto se harán realidades. Adiós, buena señora.

—Adiós, y que la suerte los acompañe siempre.

Luego de aquella amistosa despedida, Chispita y Piquín siguieron su camino, oyendo todavía por un largo rato los imperiosos chillidos con que los pichones de tordo, siempre ávidos de alimento, abrumaban al buen papá Chingolo.





VI OTRO SUSTO DE PIQUIN

La nueva noche sorprendió a nuestros caminantes a la orilla de un montecito de ceibos y de sauces criollos, que apenas conseguía disimular, entre su rala fronda, el lecho pedregoso y casi seco del minúsculo arroyuelo junto al cual se había formado.

Reinaba un calor intenso, que era indicio seguro de tormenta, y en el confín del horizonte comenzaban a destacarse unos nubarrones gruesos y muy negros, cuyo aspecto no era por cierto nada tranquilizador.

Abrumada por el cansancio de la jornada diurna, Chispita no tardó en dormirse con profundo sueño, hecho un ovillo el diminuto cuerpo contra el tronco de un sauce.

Pero Piquín, a quien las sombras nocturnas, la soledad del lugar y las monstruosas y cambiantes formas que adquirían aquellos nubarrones amenazadores, fueron llenando poco a poco de un miedo irreprímible, no podía pegar los ojos.

En todas partes creía ver fantasmas. Si miraba los árboles, parecíale que avanzaban hacia él, cuchicheando y señalándole con sus ramas. Si volvía la vista al campo, cualquier pequeño promontorio, cualquier piedra inofensiva, cualquier albardón de yuyos, crecía hasta convertirse en un animal gigantesco, misterioso y hostil. Si la elevaba hacia el cielo, experimentaba la sensación de que las pocas estrellas aún visibles huían a toda prisa, perseguidas por los temibles nubarrones negros, que seguramente querían devorarlas.

Durante largo rato se mantuvo con los ojos cerrados, apretando fuertemente los párpados, para librarse así de las visiones que tanto le amedrentaban. Y al abrirlos de nuevo, alarmado por un leve rumor que agitó apenas el follaje del sauce, y que sólo su finísimo oído era capaz de percibir, se le erizaron de terror los pelos.

Por entre las hojas del árbol, dos redondas pupilas amarillas, que relucían como si fueran de fuego, lo estaban atisbando. Y cuando quiso incorporarse para huir, un chistido que parecía humano lo inmovilizó en su sitio, poseído por la angustiosa sensación de que las patitas se le habían vuelto de plomo y ya no obedecían más a su voluntad de moverlas.

—¡Chisp... ppp... ita! —atinó a gritar, tartamudeando de un modo que, en circunstancias distintas, a él mismo tal vez le hubiera resultado cómico— ¡Mmm... mira ddd... dos luces mmm... malas allá arriba!

Ante aquel grito insólito, que la arrancó bruscamente de su sueño, la Lagartija se incorporó de un salto, preguntando:

—¿Qué dices? ¿Qué sucede?

Y en tanto que Piquín, completamente trabado por su tartamudeo, trataba en vano de enterarla de lo que ocurría, otro chistido, todavía más fuerte e imperioso que el anterior, la hizo

levantar la vista hacia la copa del sauce y descubrir las enormes pupilas amarillas que tan terrible impresión acababan de causar al medroso Tucutuco. Al mismo tiempo, desde lo alto del árbol, se oyó una voz cascada y áspera que dijo:

—Si no se callan de inmediato, tal como les he ordenado, amiguitos, me veré en la obligación de llevarlos a la comisaría y encerrarlos en el calabozo por desacato y escándalo. Soy el Cabo Ñacurutú, y estoy aquí de guardia para evitar un robo. De manera que si quieren conservar la libertad y a la vez verme proceder con la sagacidad que me caracteriza, dicho sea sin jactancia, cierren la boca y limítense a mirar y a escuchar lo que aquí habrá de suceder bien pronto, si no me engaño.

Sobrecogidos por aquella voz agria, y máxime al enterarse de que pertenecía a un celoso representante de la autoridad, nuestros amigos permanecieron quietecitos contra el tronco del sauce, con los ojos y los oídos atentos, eso sí, a cuanto pudiera acontecer en torno.

Y así fue como comprobaron que no había estado mal en su vaticinio el Cabo Ñacurutú, pues apenas transcurridos cinco o seis minutos de espera se vio avanzar un bulto que reptaba veloz entre los pastos secos y la hojarasca que cubrían el desparejo suelo.

Era una gran Culebra Parejera la que se aproximaba. Piquín miró disimuladamente hacia arriba y advirtió que el Ñacurutú le guiñaba uno de sus redondos ojos amarillos con cierto aire de superioridad, lo cual infundióle la calma necesaria para soportar, sin un solo movimiento, sin el más leve temblor que pudiera delatar su presencia en aquel sitio, la cercanía de la Culebra, acérrima enemiga de su especie desde tiempo inmemorial, según tantas veces había oído decir a sus abuelos y padres, allá en la segura y abrigada casita subterránea donde ahora, de buena gana por cierto, hubiera deseado estar.

La Parejera se detuvo frente a un viejo y carcomido tronco de ceibo que tendría escasamente un metro y medio de altura, y que dejaba ver en un costado dos redondos orificios de ocho o diez centímetros de diámetro, aproximadamente.



Enroscándose con destreza y agilidad en dicho tronco, cuya rugosa cáscara facilitóle sensiblemente el ascenso, la Víbora trepó hasta el sitio donde se encontraban aquellos orificios, que no eran otra cosa que las puertas de un nido de pájaros carpinteros, a los cuales la muy taimada pretendía hurtar los huevos que estaban incubando con el propósito de devorarlos.

Como era astuta en extremo, para llevar a cabo tal operación urdió una ingeniosa treta. Colocando la punta de la cola sobre los bordes de la abertura más alta, golpeó allí con ella repetidas veces, hasta conseguir que las aves, alarmadas por tan insólito ruido, se asomaran a indagar qué ocurría. Entonces ella, con gran celeridad, introdujo la cabeza en el orificio de abajo, que era precisamente donde estaban los huevos.

Pero por fortuna no tuvo tiempo de hurtarlos, ya que en ese mismo instante el Cabo Ñacurutú, que sólo esperaba la oportunidad de sorprenderla "in fraganti",

descendió del sauce en veloz y silencioso vuelo y la atrapó con sus garras por la mitad del lomo, al tiempo que le gritaba:

—¡Estás presa, ladrona!
¡Y no intentes negar tu delito porque tengo testigos!

Así diciendo, señaló con una de sus rémiges a Piquín y a Chispita, que contemplaban con gran estupor la escena.

En tanto los alborotados Carpinteros, al darse cuenta de lo sucedido, habíanse lanzado sobre la Culebra, ansiosos por hacerla sentir el rigor de sus temibles picos.

—¡Deténganse, por favor, deténganse! —exclamó el Ñacurutú—. ¿Se han olvidado ustedes, por ventura, de que aquí el único representante de la autoridad soy yo? ¿O creen que aún vivimos en los tiempos en que cada cual se hacía justicia por sus propias manos?

—Perdone, señor agente —disculpáronse ambos cónyuges.

—Cabo, querrán decir — y el Ñacurutú extendió las



alas, mostrando las flamantes jinetas que las adornaban—. Me ascendieron por méritos la semana anterior. Y acaso no tarde un mes en ser sargento, pues condiciones me sobran, dicho sea sin intención de alabanza.

—¿Qué piensa hacer ahora con esta ladrona, señor cabo? —preguntó el Carpintero.

—Llevarla a la Comisaría es lo que corresponde. Mañana pasará a disposición del Juez, el cual seguramente decretará su proceso por intento de hurto. Buenas noches.

Dichas tales palabras, voló con la Parejera bien sujeta entre sus garras, desapareciendo al punto entre las sombras nocturnas.

Restablecida la calma, los Carpinteros retornaron a su nido y Piquín y Chispita, que todo lo habían observado quietecitos y sin chistar, volvieron a tenderse bajo el sauce, procurando dormir. Largo tiempo tardó en llegar el sueño, al que la emoción y el miedo experimentados por nuestros andarines mantenían a raya. Pero cuando por fin se hizo presente fue de tal modo profundo, que recién despertaron cuando el sol estaba próximo al cenit.



VII LA LIBERACION DE LOS PECES

Promediaba la mañana cuando Piquín y Chispita, que caminaban sin treguas desde hacía varias horas, y que como consecuencia de ello se sentían fatigadísimos, decidieron acampar junto a un arroyo de hondo y correntoso cauce, cuyas márgenes estaban recubiertas por una espesa maraña de sarandíes colorados, que sumergían gozosamente en el agua la mayor parte de su ramazón.

Fue para ambos una verdadera delicia beber la linfa fresca y cristalina —en cuyo espejo trémulo parecía danzar la imagen del alto cielo azul—, hasta aplacar por completo la sed que desde hacía ya largo rato veniales reseca la garganta.

—¡Ah, qué buena es el agua! —exclamaba entre sorbo y sorbo Piquín, con los ojos brillantes de júbilo—. ¡Es lo mejor que existe!

—Sí, lo es ahora, que tienes tanta sed —dijo Chispita—. Si estuvieras tiritando de frío, en cambio, sería el fuego lo mejor que habría para tí en el mundo. Y nada encontrarías tan bueno como el aire si te vieras en trance de asfixiarte. ¿No te parece?

—Por supuesto. ¡Qué ocurrencia la tuya!

—Eso te demuestra que todo lo que nos ha dado la Naturaleza tiene su razón de ser, mi buen amigo. Pero nosotros sólo lo sabemos valorar las cosas cuando las necesitamos.

—¡Qué lista eres, Chispita! ¡Y qué inteligente! —exclamó con admiración el pequeño Tucutuco.

—Todo eso lo aprendí de mi viejo tío el Lagarto, que no en vano se ha pasado la vida meditando y buscándole explicación a cuanto lo rodea. Los demás animales, como lo ven siempre callado y quieto, lo consideran tonto y haragán; pero yo creo que es un verdadero sabio.

Calmada ya la sed que los martirizaba, ambos compañeros se tendieron a descansar bajo la sombra de los sarandíes, oyendo el claro y alegre rumor de la corriente.

De pronto Piquín, que como todos los integrantes de su especie tenía el oído muy fino, percibió cierto murmullo de voces confusas, a las cuales se mezclaban de tanto en tanto quejidos y lamentos tristísimos, que partían el alma.

—Escucha, Chispita —dijo quedamente a su compañera—. Parece que por aquí cerca ocurre alguna desgracia. Oigo con toda claridad los ayes de dolor de quién sabe qué seres desventurados. Si te animas a acompañarme, iremos a averiguar de qué se trata.

—Pues te confieso que yo no percibo otro ruido que el de la corriente del arroyo —respondió la Lagartija—. Pero tú, con esos tus oídos prodigiosos, eres capaz de escuchar la voz del mismísimo silencio. Si aseguras que oyes algo, es que algo habrá. Vamos, te sigo.

Deslizóse Piquín por entre un matorral de ñapindáes, cuidando de no herirse en las agudas y curvas espinas, y deteniéndose a trechos para orientarse, guiado por aquellas voces y quejas que percibía cada vez más próximas. Reptando con sigilo

lo seguía Chispita, para quien era un juego de niños atravesar la más tupida y ríspida maraña.

—De allí vienen los lamentos, ¿no los oyes ahora? —preguntóle el Tucutuco a su amiga, bajando aún más el tono.

—Te juro que no oigo nada. Pero avanza y no temas, que contigo voy yo.

De pronto se encontraron nuestros héroes frente a una especie de laguneta pequeña y casi redonda, entre cuyas aguas rebullía un verdadero cardumen de peces. Tarariras, bagres, pintados, palometas, dientudos, mojarras, pejerreyes y sábalos, además de numerosísimos ejemplares de otras diversas especies ictiológicas, nadaban sin ton ni son, de un lado para otro, hablando todos a la vez y emitiendo lamentos que, ahora sí, podía percibir Chispita con absoluta nitidez.

Era evidente que alguna desventura muy grande afligía por igual a los habitantes de la pequeña laguna.

—Buenos días, señores peces —díjoles la Lagartija—. Somos forasteros pero venimos dispuestos a ayudarlos en lo que nos sea posible. ¿Puede saberse acaso qué desgracia los aflige?

Una tararira enorme, de lustrosas escamas y agudísimos dientes, se asomó a la superficie del agua, y luego de echar una mirada atenta sobre los recién llegados respondió en tono amargo y pesimista:

—De nada servirá que les contemos lo que nos acontece, puesto que ustedes son demasiado débiles para poder salvarnos de este amargo trance. Gracias de todos modos, simpáticos pequeñuelos, por los buenos propósitos que, aún sin conocernos, abrigan hacia nosotros. Prosigan viaje, y que la suerte les sea muy propicia.

—Aquí permaneceremos mientras ustedes no nos digan lo que les ocurre, señora Tararira —insistió Chispita, herida en su amor propio por las palabras del escéptico pez—. Somos pequeños, es cierto, pero eso no significa que seamos débiles. A veces ocurre que las apariencias engañan.

—Pues ya que tanto te empeñas en averiguarlo, te diré lo que sucede. Habita en el vecino arroyo un lobo tan voraz como

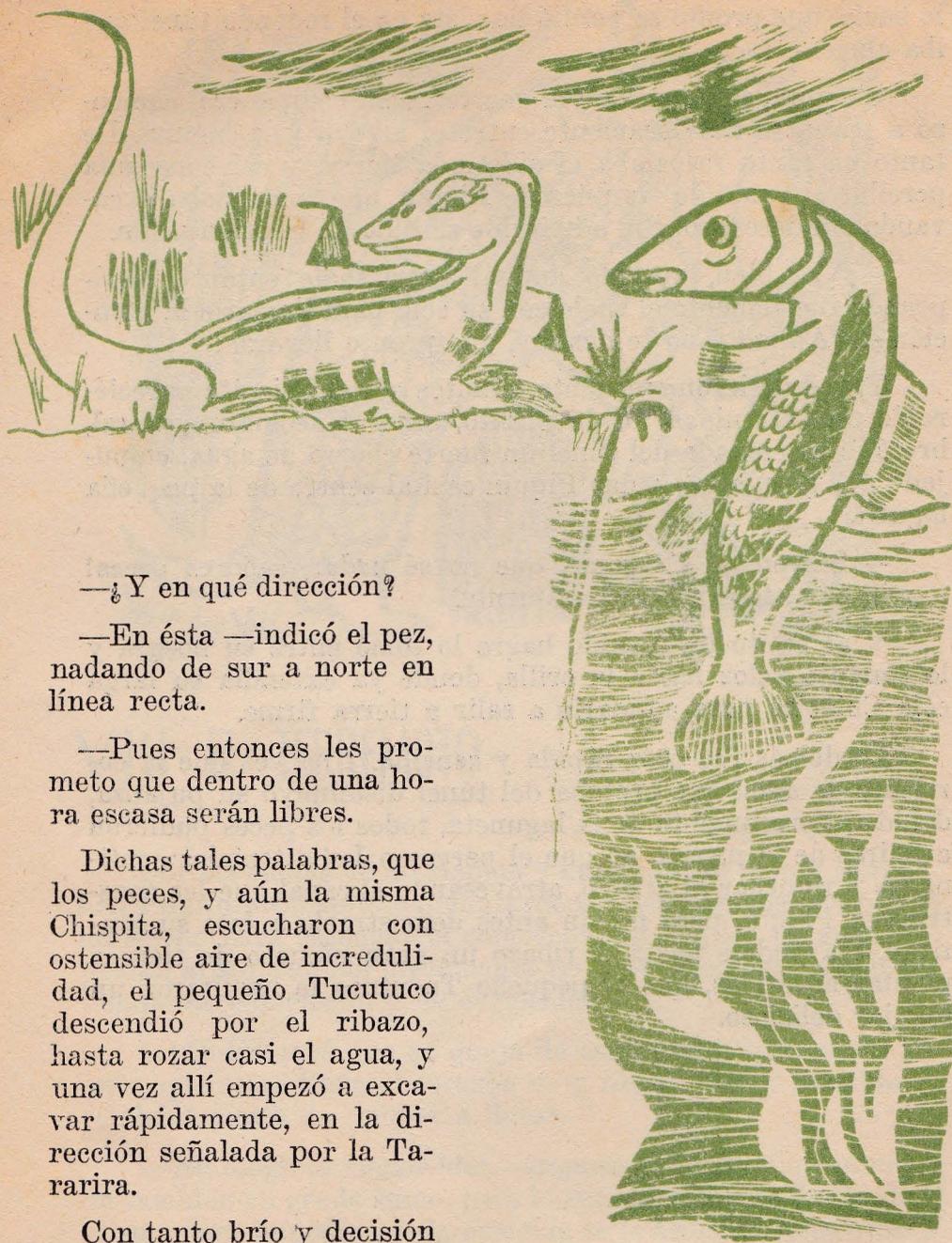


perverso, que para ahorrarse la molestia de salir a cazar, cuando lo apremia el hambre, concibió la diabólica idea de atraparnos uno por uno y traernos hasta aquí, donde nos tiene siempre al alcance de sus mandíbulas, pues además de ser muy chica esta laguna, carece de camalotes, juncos o sarandíes entre cuyas raíces pudiéramos ocultarnos y eludir sus ataques. Cada vez que el hambre lo apremia, viene por alguno de nosotros y se lo devora sin ningún esfuerzo. Imagínate cómo quedaremos los sobrevivientes, al ver ese espectáculo que se repite dos o tres veces al día, y convencidos de que tarde o temprano nos tocará el turno a nosotros, puesto que de esta trampa sólo podremos salir con destino al estómago de ese maldito monstruo.

—¡Es cierto, es cierto! —corearon los demás peces en tono plañidero—. ¡Estamos condenados! ¡No tenemos salvación!

—¡Pues yo les aseguro que la tendrán, y muy pronto! —exclamó al punto Piquín, a quien acababa de ocurrírsele una feliz idea—. ¿A qué distancia, en línea recta, queda de aquí el arroyo?

—A unos cinco o seis metros, a lo sumo —repuso la Tarrarira.



—¿Y en qué dirección?

—En ésta —indicó el pez, nadando de sur a norte en línea recta.

—Pues entonces les prometo que dentro de una hora escasa serán libres.

Dichas tales palabras, que los peces, y aún la misma Chispita, escucharon con ostensible aire de incredulidad, el pequeño Tucutuco descendió por el ribazo, hasta rozar casi el agua, y una vez allí empezó a excavar rápidamente, en la dirección señalada por la Tararira.

Con tanto brío y decisión

lo hacía, que pronto se perdió de vista en el redondo túnel que iba abriendo.

Chispita, inquieta por la suerte de su compañero, comenzó a pasearse nerviosamente entre el arroyo y la laguna. De tanto en tanto recostaba el oído a la tierra, y así conseguía percibir el ruido de las uñas de Piquín, que continuaba excavando sin descanso, con admirable sentido de la orientación.

—¡Vas bien, querido amigo! —gritábale entonces, golpeando fuertemente el suelo con su cola para llamarle la atención—. ¡Animo y no te desvíes, que pronto llegarás!

Transcurrieron cincuenta minutos que a Chispita parecióronle una eternidad. Y de pronto, ante el asombro general, brotó de la entrada del túnel un fuerte chorro de agua, empujado por el cual fue a dar Piquín casi al centro de la pequeña laguna.

—¡Sálvenme, sálvenme, que no sé nadar, señores peces! —gritaba pataleando ansiosamente.

Y al punto un fornido bagre lo tomó entre su boca y lo condujo veloz hasta la orilla, donde ya extendía su larga cola Chispita para ayudarlo a salir a tierra firme.

Lo demás fue cosa rápida y sencilla. Una vez que la corriente de agua que brotaba del túnel disminuyó su pujanza, debido al crecimiento de la laguneta, todos los peces pudieron evadirse de la prisión en que el perverso Lobo tenía los confinados y retornar al arroyo, atravesando el canal que les construyera Piquín, pero no sin antes demostrarle a éste su gratitud, trayéndole hasta el ribazo un gran número de tiernas plantas acuáticas, que al pequeño Tucutuco le resultaron un manjar delicioso.



VIII EL TERREMOTO

Por las orillas de un ríspido y enmarañado monte caminaban Piquín y Chispita aquel atardecer, deteniéndose de trecho en trecho para escuchar el concierto con que los pájaros despedían al sol, cuando un lamento tristísimo los llenó al mismo tiempo de compasión y de curiosidad.

—¿Quién será que se queja de ese modo? —preguntó Piquín, que como tenía el corazón muy tierno y muy sensible ya estaba a punto de romper a llorar.

—No tengo la menor idea —repuso la Lagartija, conmovida también en grado sumo, pero lo suficientemente dueña de sí misma para impedir que la emoción se le asomara a los ojos. Y animosa y resuelta como de costumbre, añadió—. Es preciso,

sin embargo, que lo averigüemos de inmediato y procuremos ser útiles a quien, seguramente, necesita de nuestra ayuda.

Otro lamento similar al anterior volvió a oírse. Era una especie de sollozo largo y entrecortado, y parecía proceder de un carquejal cercano.

Hacia allí se dirigió sin vacilar Chispita, seguida a prudencial distancia por su siempre medroso compañero. Y no bien internóse entre las verdes y filosas hojas de las plantas divisó una Mulita de mucha edad, al parecer, que acoquinada junto a un pequeño “cupí”, y con la cabeza hundida entre las patas delanteras, demostraba profundo abatimiento.

—¿Qué le sucede, señora Mulita? ¿Por qué se lamenta de manera tan triste? inquirió solícita la Lagartija—. Mi amigo Piquín y yo somos caminantes que sólo estamos de paso en todas partes. Pero si usted no tiene reparos en decirnos la causa de sus penas, acaso podamos ayudarla en algo.

—¿Qué han de poderlo, pobres pequeñuelos! —sollozó la vieja Mulita, luego que los hubo examinado detenidamente—. ¡Si son más débiles todavía que yo! ¡Qué han de poderlo!

—Quién sabe, señora; quién sabe. Muchas veces las apariencias engañan. Cuéntenos lo que le ocurre y ya veremos si existe algún remedio para ese mal que la agobia.

—Pues se trata nada menos que del alimento de mis tres nietecitos, que han quedado a mi cargo desde que una jauría de feroces perros devoró a sus pobres padres. Para que a los pequeños huérfanos no les faltara el sustento, trasladé mi vivienda a este lugar, pródigo en pastos tiernos y jugosos. Pero hace ya varias noches que un Carpincho se viene desde el río a comerse las hierbas que yo a ellos teníales destinadas. Y como es muy tragón y muy grande, por donde él pasa no quedan sino raíces. Varias veces le he suplicado, con lágrimas en los ojos, que se vaya a buscar su alimento en otra parte, ya que es todavía vigoroso y joven, y está por lo tanto en condiciones de hacerlo. “Vete tú, vieja zonza —me responde invariablemente—, pues yo no pienso abandonar este sitio, donde encuentro

cada noche una copiosa y excelente cena". ¡Ah, qué desgraciada soy! Si no se apiada de mí la Providencia, acabaremos mis nietecillos y yo por morir de hambre, pues ya me siento desfallecer de tan vieja, y carezco de fuerzas y de ánimo para irme por ahí, en procura del sustento que aquí pronto ha de faltarnos.

Así diciendo, la infeliz Mulita se echó a llorar desconsoladamente. Piquín, emotivo incorregible, sintió también que las lágrimas afluían a sus ojos. Mientras tanto Chispita se devanaba los sesos buscando una solución para el dramático trance en que se hallaba aquella pobre abuela desvalida.



Pero no fue a ella esta vez, sino a su pequeño compañero, a quien se le ocurrió de súbito la idea salvadora.

—Oyeme, Chispita —dijo el emocionado Tucutuco, en cuyas pupilas, húmedas todavía, acababa de encenderse un resplandor de esperanza—. Creo haber encontrado al forma de ayudar eficazmente a esta desventurada anciana.

—¡Ojalá que así sea! ¿Qué es lo que piensas hacer?

—Algo que para mí resulta muy sencillo. Abrir varias galerías casi a flor de tierra, de manera que su superficie se hunda apenas ese desalmado Carpincho, que por lo visto pesa una cantidad de kilos respetable, se desplace por encima de ellas. Cuando tal cosa ocurra, complementaré mi plan poniéndome a imitar al trueno con este bronco vozarrón que Dios me ha dado. Tú y abuela Mulita huirán entonces fingiéndose despaivoridas, y gritando que se aproxima un terremoto, que la tierra ha comenzado a agrietarse, que tal vez se acabe el mundo, u otras cosas por el estilo que puedan ocurrírseles. Verás como el Carpincho pone también al punto sus patas en polvorosa. Y te aseguro desde ya, como Piquín que me llamo, que no le van a quedar deseos de volver a este lugar.

—¡Bravo, amigo mío! ¡Es un plan estupendo y yo estoy convencida de que no ha de fallar! ¡Ponte al instante a cavar las galerías!

Así lo hizo el Tucutuco. Y como la tierra era blanda y sus filosas uñas se movían velozmente, pronto tuvo minada y entrecruzada de túneles una considerable extensión, justamente en el sitio donde más verde y lozano crecía el pasto.

Hecho aquello, permanecieron todos a la espera de los acontecimientos. No bien cerró la noche se hizo presente el Carpincho, ávido por darse el hartazgo habitual de hierbas tiernas. Triscando y engullendo aquí y allá, con masticación ruidosa, acercóse a la trampa que tan ingeniosamente preparárale Piquín, el cual aguardaba su llegada oculto en una de las galerías.

Fue justamente allí donde empezó a hundirse la tierra bajo las patas del pesado hervíboro. Al apercibirse de ello, el Tuc-

tuco púsose a imitar el ruido del trueno, cosa que hizo a la perfección y con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Diablos, qué será ésto? —balbuceó el sorprendido comensal.

El trueno volvió a retumbar, esta vez junto a sus propias patas, que dificultosamente conseguía hacer zafar de los imprevistos agujeros en que se iban hundiendo a medida que avanzaba. Parecióle entonces que la tierra vibraba y que hasta los arbustos y los yuyos grandes comenzaban a moverse, como sacudidos desde abajo por extraña fuerza. Y fue tal el terror que experimentó, que las cerdas del lomo comenzaron a erizársele como las púas de un Puerco Espín.

—¡Socorro, socorro! ¡Un terremoto! ¡Huyamos antes de que nos trague la tierra! —gritó en ese preciso instante Chispita, mientras corría por el campo zigzagueando, que era su modo natural de correr.

Y la vieja Mulita, seguida por sus tres nietecillos —éstos sí asustados de veras ante lo que estaba ocurriendo—, marchó tras la Lagartija a toda la velocidad —muy poca, ciertamente— que le podían permitir sus cortas patas.

—¡Un terremoto! ¡Sálvese quien pueda! —chillaba mientras huía.

—¡Dios me asista! —alcanzó a decir entonces el Carpincho, ya en un constante temblor a consecuencia del pánico—. ¿Para qué habré venido a este maldito sitio?

Mientras los “truenos” de Piquín arreciaban junto a él, forcejeó en un esfuerzo desesperado hasta escapar de aquella zona fofa en que se hundía. Y apenas advirtió que pisaba tierra firme echó a correr como una exhalación rumbo al arroyo, no muy distante de allí. Al cabo de poquísimos instantes oyóse el estrépito que hizo su corpachón al sumergirse bruscamente en las tranquilas aguas.

—Tienes razón, Piquín; ese tragaldabas no pondrá ya nunca más sus patas en este sitio —dijo Chispita una vez que

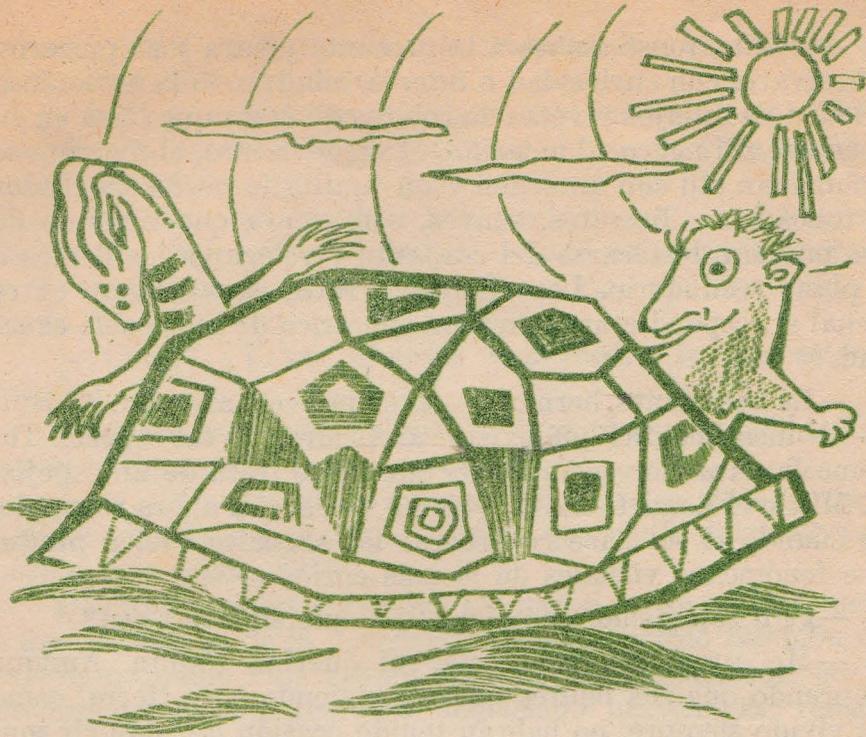
volvieron todos a reunirse—. Te felicito de todo corazón, pues has estado genial, no sólo al concebir tu plan sino también al realizarlo. Y en cuanto a usted, abuela, puede quedarse tranquila, que ya no corre riesgo el sustento de sus nietecillos.

—¡Gracias, gracias, mis buenos amiguitos! —exclamó la Mulita, con los ojos llenos nuevamente de lágrimas, aunque esta vez de alegría—. ¡Qué buenos, abnegados y valientes son! ¡Y pensar que yo, viéndoles tan pequeños, no los creía capaces de hazaña semejante a la que han hecho! ¿Con qué podré pagarles tan inmenso favor?

—El único héroe aquí ha sido mi compañero —dijo Chispita—. Sin embargo, yo sé que para él no hay recompensa más grande que la que proporciona la conciencia del deber cumplido. ¿Verdad, Piquín?

—Sí. Pero cambiemos de tema —respondió el pequeño Tutuucu, que era muy modesto y vergonzoso por naturaleza.

Durante un buen rato aún giró la conversación sobre diversos tópicos. Luego, a instancias de la agradecida Mulita, que quería a toda costa brindarles hospitalidad, pernoctaron nuestros héroes en la cueva de ésta, que era espaciosa y muy cómoda. Y a la mañana siguiente prosiguieron su viaje, felices de haberle sido útiles a aquella pobre anciana y a sus tiernos e indefensos nietecillos.



I X DOÑA PACHORRA

Promediaba un día caluroso en extremo, de impoluto cielo y sol resplandeciente, cuando nuestros andariegos héroes llegaron a la costa de un río, que marginaba ancha playa de bellísima arena color oro.

Luego de aplacar en las cristalinas aguas la intensa sed que el viaje habíales provocado, resolvieron cruzar el arenal y dirigirse a un monte que verdeaba a lo lejos, con el propósito de descansar un rato a la sombra de los árboles, para después echarse a la búsqueda del cotidiano alimento.

—Mira qué piedra tan bonita y extraña —dijo de pronto Piquín a su compañera, indicándole un bulto de forma redondeada y convexa que resaltaba entre las rubias arenas—. Ven, vamos a verla de cerca, pues creo que vale la pena.

Aproximáronse ambos a la presunta piedra y se pusieron a observarla con curiosidad e interés, admirando la armoniosa variedad de dibujos y vetas de colores diversos que lucía en su superficie. El negro, el amarillo, el verde oscuro, el marrón, se combinaban allí con un orden y un equilibrio perfectos. Todos los tonos eran discretos, suaves, como para que ninguno de ellos pudiera destacarse del conjunto y relegar a los demás a un plano secundario. Los dibujos y vetas equidistaban entre sí, cual si respondieran a un plan simétrico de impecable exactitud.

—Es realmente hermosa —exclamó con asombro Chispita—. Nunca imaginé que existieran piedras de tal especie. Toquémosla para convencernos de que no se trata de un espejismo. Mi tío el Lagarto me dijo cierta vez, según ahora recuerdo, que cuando el sol hace reverberar los arenales suelen producirse fenómenos visuales de lo más curiosos.

—¿Un espejismo, has dicho? ¿Y qué significa eso?

—Me apena tu ignorancia, mi querido Piquín. Aunque comprendo que tus pobres padres, viviendo bajo tierra, como han vivido siempre, no habrán tenido ocasión de adquirir muchos conocimientos para poder trasmitírtelos. Un espejismo, para que lo sepas, es algo así como una ilusión de óptica, que nos hace ver la imagen de cosas que en realidad no existen.

—Pues en el caso de esta piedra no hay tal espejismo —replicó el pequeño Tucutuco, un tanto mortificado por el tono de suficiencia que, aunque en broma, por supuesto, había adoptado su compañera de andanzas—. Y para que te convenzas, me subiré encima de ella.

Así lo hizo, en efecto. Pero, con la sorpresa y el susto consiguientes, la “piedra” se sacudió de súbito, arrojándolo otra vez sobre la caliente arena, al tiempo que una voz inesperada, que ninguno de nuestros héroes sospechaba siquiera de dónde procedía, indagó con tono brusco:

—¿Quiénes son ustedes y qué se proponían hacer encima de mi caparazón?

En vano trató de responder Piquín, pues el miedo impedíale articular palabra alguna. Chispita, por su parte, más animosa y resuelta, se sobrepuso en seguida a su explicable

temor y dijo, aparentando una tranquilidad que estaba por cierto muy lejos de poseer:

—Somos caminantes y andamos recorriendo el mundo en son de paz, con el solo propósito de conocerlo y de aprender cosas nuevas.

—Sin embargo, no han aprendido todavía a diferenciar las piedras de los seres vivientes —opinó entonces la misteriosa voz, cambiando su brusquedad anterior por un tonillo de sorna.

—¿Cómo? ¿Y no es acaso una piedra lo que estamos viendo?

—Ignoro que exista alguna que se mueva y hable. Y yo acaba de hacer ambas cosas, me parece...

—Pe...pe...perdone que me resista a creerlo —tartamudeó asombrada la Lagartija—. Salvo que me lo demuestre con hechos más concretos.

Dos patas cortas y gruesas asomaron entonces lentamente a ambos flancos de la "piedra". Luego apareció también una cabeza pequeña, muy semejante a la de las culebras, que se prolongaba en un pescuezo demasiado extenso en relación a ella.

Ante el estupor cada vez más grande de Piquín y Chispita, dio unos pasos torpes y lerdos aquella figura grotesca, mientras su voz volvía a sonar diciendo:

—¿Se han convencido ahora de que soy un ser viviente y no una piedra?

—¡Claro que sí! —pudo decir Piquín después de muchos esfuerzos—. ¡Y le ruego ante todo me dispense la osadía de haberme encaramado encima suyo! Yo sólo pretendía demostrarle a mi amiga que usted no era un espejismo.

—Y acabaron los dos por enterarse, a la postre, de que tampoco era una piedra pintada. ¡Qué tontos que sois pequeños! ¡Pero a la vez, qué simpáticos!

Animada por estas últimas palabras, Chispita se decidió a efectuar la presentación de rigor:

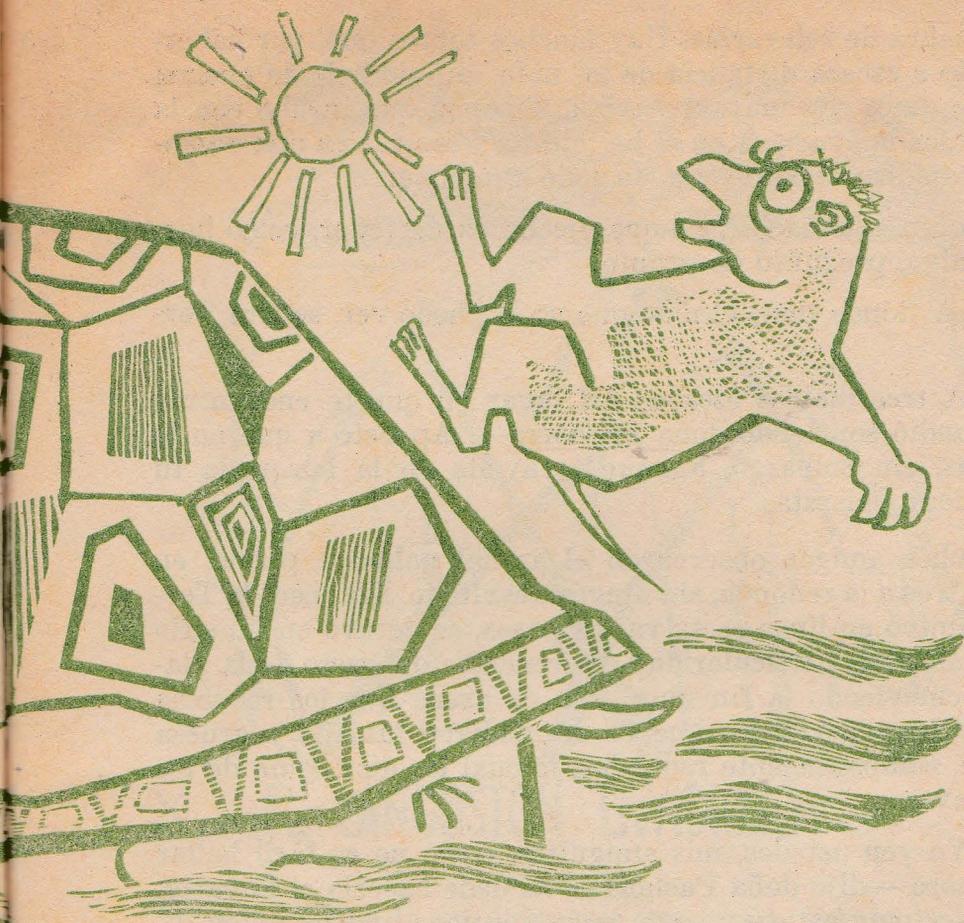
—Mi compañero de aventuras es Piquín, el Tucutuco. Y yo, por mi parte, Chispita, la Lagartija. También usted nos inspira mucha simpatía, y seguramente llegaremos a ser buenos amigos. ¿Podría decirnos su nombre?



—Por supuesto. Me llaman doña Pachorra y soy la Tortuga más conocida de esta zona, donde nací y he vivido siempre. Estoy casada con don Remolón, un ejemplar esposo, que mientras yo vigilo los huevos que puse días atrás, y que el generoso sol me está incubando, anda en el fondo del río, a la búsqueda de alimentos para ambos.

—¿Cómo? ¿Y a sus huevos no los incuba usted misma?
—preguntó con extrañeza Piquín.

—Imposible, criatura. Pertenezco a una especie de seres que tienen la sangre fría y no pueden hacerlo, por lo tanto. Pero la madre Natura es previsora y ha dispuesto que el sol



lo haga por mí. Ahora mismo lo está haciendo, y en magnífica forma.

—Así acontece con mis congéneres y con los de mi tío el Lagarto, que son también de sangre fría, como usted —dijo Chispita.

—¡Ah, con que eres sobrina de semejante pícaro, eh? —exclamó la Tortuga—. Ya me parecía que algún parentesco tendrías con él, a juzgar por tu apariencia. Pues es por culpa de ese gran sirvergüenza que me veo obligada a estar aquí, de guardia, para evitar que se devore mis huevos. En tal tarea nos turnamos día y noche con mi esposo, que dentro de un par de

horas habrá de relevarme. Hay muchos tontos que, por haberme visto a escasa distancia de mi nido, sin quitarle de encima los ojos, pues soy muy precavida, suponen que incubo con la mirada los huevos que en él he puesto. Pero esa es una creencia antojadiza, desprovista de todo fundamento.

Piquín, que hacía rato que ojeaba en derredor, como buscando algo, preguntó de pronto:

—¿Y dónde tiene el nido que no lo puedo ver, señora Tortuga?

—A tres metros escasos del lugar en que te encuentras —respondió sonriendo doña Pachorra—. Apuesto a que no lo localizas, sin embargo, aunque te ayude en la búsqueda tu compañera Chispita.

Ambos amigos observaron el arenal palmo a palmo, en tres metros a la redonda, sin ningún resultado. Entonces la Tortuga caminó en línea recta varios pasos, se detuvo en un sitio al que ninguna particularidad diferenciaba del resto de la playa, y removiendo la finísima capa de arena que los recubría dejó al descubierto dos huevos de mediano tamaño y gruesa cáscara, completamente redondos, lo cual los distinguía de los de las aves.

—Ya ven ustedes, mis amiguitos, como no es fácil hallar este tesoro —dijo doña Pachorra—. Puede hacerlo el Lagarto, porque es muy astuto y hasta creo que tiene una intuición infalible. También, a veces, esas ladronas de las culebras parejeras. Pero para los demás animales, es tarea poco menos que imposible.

Admirados y contentos de cuanto habían visto y aprendido, nuestros andarines se despidieron de la Tortuga y reanudaron su marcha rumbo al monte.

Inmóvil en mitad del arenal permaneció el quelonio. Sus patas y su cuello habían vuelto a ocultarse debajo de la caparazón. Y sólo los pequeños ojos negros continuaban vigilando el sitio donde, apenas cubiertos por la dorada arena, estaban los huevos que incubaban los rayos solares, y que asegurarían la prolongación de la especie.



X EL LANGOSTON ENVIDIOSO

A la orilla de un cantarino arroyuelo, y bajo la sombra acogedora y fresca de un gran sauce llorón, tendieronse Piquín y Chispita con el propósito de recuperar energías, luego de haber realizado extensa caminata a través de los desiertos campos.

El sol, ya en el cenit, fulgía esplendoroso, derramando entre el follaje de los árboles sus lentejuelas de dorada luz. Las golondrinas revoloteaban sin pausas en el aire transparente, semejjando flechas gráciles y raudas. Y una variada multitud de élitros crepitaba a coro sobre la verde llanura.

—¡Mira, mira! —exclamó súbitamente Piquín, lleno a la vez de admiración y asombro—. ¡Jamás en mi vida he visto un insecto tan hermoso!

Mientras así decía, su patita delantera derecha señalaba una mata de totora cuyos largos y flexibles tallos emergían del agua, balanceándose suavemente a impulsos de la leve brisa.

Volvió los ojos Chispita hacia el sitio indicado por su compañero, y quedóse por un instante extasiada en la contemplación del pequeño ser alado que allí resplandecía.

—Tienes razón. Es bellissimo —asintió luego susurrando apenas, cual si temiera que el sonido de su voz fuese a ahuyentar al prodigioso insecto, para ella desconocido.

Este, dándose cuenta de la admiración que su presencia causaba a aquellos forasteros, y sintiéndose halagado íntimamente, cosa muy explicable, quiso lucir en grado máximo los encantos de que había sido dotado por la Naturaleza.

Para lograrlo se desprendió de la planta donde estaba posado y púsose a revolotear de un lado a otro, realizando la más variada gama de proezas aéreas, mientras su cuerpecillo refulgente trazaba maravillosas filigranas de luz en el espacio, con la gozosa complicidad del sol, que según lo acariciara con sus rayos hacía parecer ya una centella de plata, ya un ópalo iridiscente, ya un rubí de reflejos purpurinos.

Porque eran tres los colores brillantes que lucía: el del núcleo principal del largo y delgadísimo abdomen, un gris metálico con preciosos relumbres argentados; el del extremo posterior de dicha parte del cuerpo, un escarlata encendido que parecía de sangre; y el de las alas, indefinible, tornasolado, rutilando con matices siempre nuevos ante cada caricia de la luz.

Cansado al fin de efectuar zigzagueos y volteretas de armoniosa precisión, volvió a posarse sobre el extremo del tallo de totora que antes ocupara, y que ni siquiera se movió al contacto de su cuerpecillo ingrávido, tan leve como el mismo aire que había estado surcando.

—¿Les gusta mi manera de volar? —preguntó entonces, volviendo sus vivaces ojillos hacia Piquín y su amiga.

—Muchísimo —respondió ésta—. Y nos gustan también tu espléndida figurilla y ese traje de luces con que se ha com-



placido en vestirme nuestra madre Naturaleza. ¿Cómo te llamas, si no es indiscreción preguntártelo?

—Me llamo Saeta Mágica, y soy una Libélula. Hay quienes me consideran el ser más delicado y armonioso de la creación. Y hasta las propias mariposas suelen envidiarme. Eso me halaga, es claro. Pero no crean ustedes que soy tan vanidosa como muchos creen. Si en los días hermosos como éste luzco mis encantos, que realza la luz amiga del buen sol, lo hago porque así desempeño la misión fundamental de mi vida, que es la de ofrecer belleza y alegría a los ojos de cuantos me contemplan. Cada cual cumple en el mundo el destino que le ha tocado en suerte, ¿no les parece?

—Claro que sí. Y el tuyo es de los mejores a que puede aspirar un ser viviente —respondió Chispita—. Tú eres, bella Libélula, algo así como un mensaje poético de la creación.

Feliz al escuchar aquellas palabras a la vez aprobatorias y elogiosas, el rutilante insecto volvió a hendir el aire con reno-

vados bríos. Y tal fue el derroche que hizo de color, destreza y gracia, que hasta los mismos peces se asomaron a la superficie del agua para contemplar mejor el prodigioso espectáculo.

Muy cerca del lugar en que se encontraban Chispita y Piquín, cuyos ojos seguían ávidamente cada imprevisto giro, cada esguince veloz de la sutil Libélula, resonó de pronto una voz gruñona y agria, pronunciando estas palabras:

—¡Bah! No sé por qué contemplan ustedes boquiabiertos las volteretas de ese insecto vanidoso. Cualquiera que tenga alas puede efectuar tales cabriolas y brillar como brilla semejante infatuado, pues es de la luz solar y no de su flaco cuerpo que proceden tan hermosos fulgores.

Volviéronse hacia el que hablaba nuestros héroes, y advirtieron que se trataba de un grueso Langostón verde, de esos que viven saltando por los campos y devorando glotonamente cuanto pasto tierno encuentran.

—Tú hablas así porque eres un envidioso —contestóle Chispita—. Trata de no serlo tanto, porque la envidia puede tornarte amarillo.

—¿Envidioso, dices? ¡Vaya una tontería! ¿Cómo voy a envidiar lo que yo mismo soy capaz de hacer apenas me lo proponga?

—Pues demuéstrolo entonces, si pretendes que te crea. No olvides que a las palabras se las lleva el viento.

—Te lo demostraré de inmediato, para que aprendas a no dudar de mí.

La Libélula, que se había posado otra vez sobre el extremo del tallo de totora, terció en la conversación diciendo:

—Detente. No seas tozudo. Mira que vas a hacer un papelón mayúsculo.

Pero ya el envidioso Langostón se había lanzado al espacio, agitando rápidamente las alas, demasiado pequeñas para soportar el peso de su cuerpo. Durante una fracción de segun-





do consiguió mantenerse en el aire, aunque sin poder girar en ninguna dirección. Quiso luego posarse sobre un tallo como el que ocupaba la Libélula, pero la flexible totora no logró sostenerlo, y sin darle tiempo de afirmarse en sus largas patas y saltar a tierra firme, sumergiéndose con él en el arroyo. Emergió el saltamontes pataleando y volvió a hundirse, pues las alas mojadas ya de nada le servían.

—¡Socorro, que me ahogo! —gritó desesperadamente al aparecer de nuevo sobre la superficie.

Y entonces Chispita, que segura de aquel desenlace había tomado ya sus precauciones, extendióle una ramita de sauce a la cual se aferró el Langostón desesperadamente, logrando así salvarse del amargo trance.

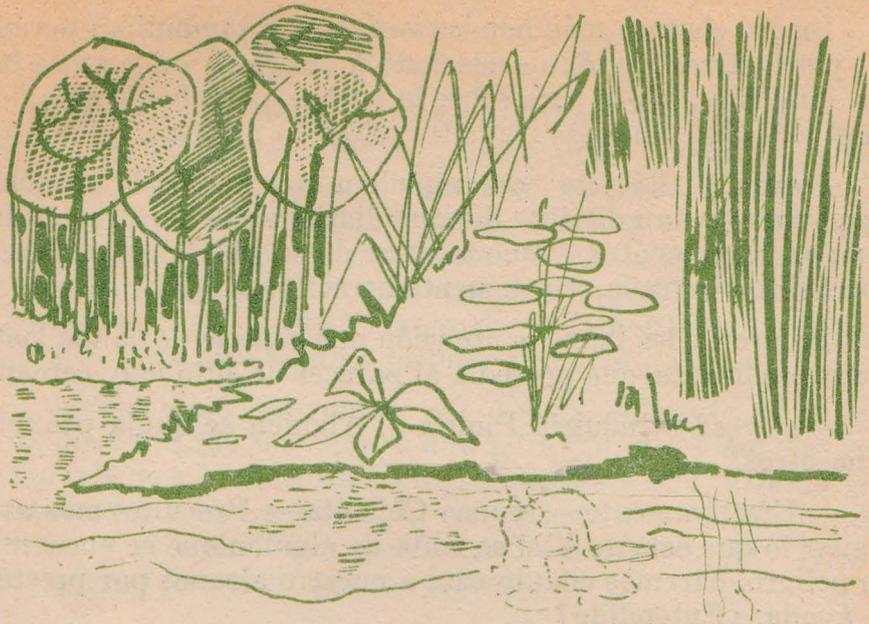
Una vez fuera del agua, púsose a resoplar y a sacudir las alas, arrojando en su redor una verdadera lluvia de pequeñas gotas. Mientras lo hacía temblaba de continuo, a consecuencia del tremendo susto que se había llevado.

Y tan ridículo resultaba su aspecto, que Chispita, Piquín y la Libélula, sin poder evitarlo, prorrumpieron en fuertes carcajadas.

—¡Ojalá que eso te sirva de escarmiento! —decíale entre risa y risa la traviesa Lagartija—. ¡Porque tiempo es de que sepas, zonzo grande, que no basta tener alas para ser Libélula. ¡Já, já, já!...

Tan apabullado sentíase el envidioso Langostón, que ni siquiera atinó a responder. Y apenas hubo oreado un tanto se alejó rumbo al campo dando saltos larquísimos, y sin volver siquiera la cabeza.

Tras otro rato de animada plática, Piquín y Chispita despidiéronse de su nueva amiga y reanudaron la marcha. Desde la punta de la flexible totora, la Libélula los despedía agitando graciosamente sus translúcidas alas, que vistas a la distancia parecían los pétalos vivos y estremecidos de una impar flor de luz.



XI LA CIENAGA

Por la cercanía de un vasto estero marchaban aquella mañana nuestros pequeños y animosos héroes. Iban a paso lento, disfrutando del espectáculo, nunca visto por ellos, de aquellos verdes juncales, matizados aquí y allá por albardones de totoras y de espadañas amarillentas, que se extendían hasta el mismo confín del horizonte.

Centenares de garzas blancas y rosadas revoloteaban sobre los pantanos de limosas aguas, con elegancia y gracia incomparables. Ranas y sapos de diversos tamaños y de colores variadísimos, saltaban por todas partes a la caza de los insectos con que se alimentaban. Por momentos confundían sus voces en un coro inarmónico e inmenso, donde las notas agudas, de timbre cristalino o argentado, contrastaban con las graves y broncas, que hacían pensar en asmáticos bajos de acordeones. Pero cualquier ruido ajeno al que ellos mismos producían los acallaba de súbito, sumiéndolos en profundo y expectante silencio.

En las charcas más hondas nadaban y zambullían hermosos patos silvestres, de tornasolado plumaje. Y en las más bajas, inmóviles, con la pata sobre la cual se apoyaban sumergida en el lodo, las zancudas cigüeñas parecían meditar.

Piquín y Chispita contemplaban con profunda atención aquel paisaje, tan distinto del que diariamente les ofrecían los campos y los montes, y que a pesar de su uniformidad poseía una belleza extraña, fuertemente atractiva.

De pronto les llamó la atención una especie de balido lastimero, suplicante, que procedía al parecer de sitio muy cercano.

—¿Oyes? —inquirió Piquín—. Alguien se queja próximo a nosotros.

—Efectivamente —repuso Chispita—. Procuraremos averiguar lo que ocurre. Y si se trata de alguien que se encuentre en peligro, haremos cuanto esté a nuestro alcance por prestarle ayuda. ¿Entendido?

—Entendido.

Dichas aquellas palabras, diéronse a buscar el lugar de donde partiera la inesperada queja, que al repetirse pocos segundos después contribuyó a orientarlos hacia el exacto lugar de procedencia. Era una especie de pequeña charca fangosa, situada al borde del estero, y a la que marginaba un apretado haz de gramíneas de llamativo verdor. En su centro, con las cuatro patas ya casi por completo hundidas en el grisáceo lodo, se debatía desesperadamente, pugnando por escapar de aquella implacable trampa donde había caído, un joven Guasubirá de hermosa estampa y dulcísimos ojos suplicantes, que el terror desorbitaba. Vanos eran sus esfuerzos, y hasta contraproducentes, pues cuanto más se revolvía dentro del barro chirle y pegajoso, mayor tornábase la rapidez con que éste lo iba succionando.

Al verlo en situación tan angustiosa, y cediendo sin reflexionar a los impulsos de su buen corazón, Piquín corrió hacia el rumiante tendiéndole las patitas delanteras, en un descabellado intento de prestarle ayuda. Pero Chispita lo apartó de allí violentamente, a tiempo que le gritaba:

—¡Cuidado! ¡No te acerques, que eso es una ciénaga, y si logra atraptarte te tragará también a tí sin remedio!

Ella sabía, por relatos oídos a su tío el Lagarto, que en los esteros o en sus inmediaciones, y disimulados muchas veces por la lozana vegetación que en torno a ellos medraba, solían existir esos temibles pantanos llamados ciénagas o tembladeras, profundos casi siempre, y colmados de un adhesivo lodo que ni los más ardientes soles veraniegos conseguían solidificar. Y sabía también que hasta los animales más fuertes, como el caballo y el toro, resultaban a menudo víctimas de ellos.

—¡Sálvenme! ¡Sálvenme, por favor! —clamaba el infeliz Guasubirá—. ¡Soy muy joven aún para morir! ¡Y además soy bueno! ¡Nunca hice mal a nadie! Vine hasta aquí atraído por estas verdes plantas, tiernas y sabrosísimas a juzgar por su aspecto, y el traicionero tembladeral me atrapó. ¡Por lo que más quieran les ruego que me salven!

—Precisamente salvarte es lo que queremos, amigo —le gritó Chispita—. Pero hay que encontrar la forma de poder hacerlo. Déjame que lo piense. Y mientras tanto quédate ahí quietecito, pues moviéndote no haces otra cosa que empeorar tu situación.



Aunque trémulo aún, a consecuencia del miedo que lo dominaba, obedeció el Guasubirá y se abstuvo de debatirse en vano. En tanto la Lagartija iba desechando una tras otra, por inútiles, cuantas fórmulas de salvación se le ocurrían.

De pronto fijó los ojos en dos cigüeñas que acababan de posarse a escasos metros de allí, y la presencia de las aves le sugirió una idea de cuya eficacia no dudó un instante. Corrió veloz hacia ellas, y luego de saludarlas cortésmente y de elogiar con vehemencia su majestuosidad, gallardía y robustez, lo que por cierto halagó mucho a las zancudas, díjoles:

—Vengo a pedirles un grandísimo favor, amigas mías.

—Si es algo en lo que podamos complacerte, con muchísimo gusto —respondiéronle ellas al unísono.

—Ya lo creo que sí. Se trata nada menos que de salvar una vida. Pero hay que actuar de inmediato. Síganme, por favor.

Rápidamente se dirigieron las tres hacia la ciénaga, y una vez allí dijo Chispita señalando al Guasubirá, que al verlas pareció reanimarse:

—Miren en qué situación se encuentra ese pobrecillo. Únicamente ustedes podrán salvarlo de la angustiosa muerte que ahí lo espera.

—De buen grado lo haríamos. Pero ¿cómo? —repuso una de las aves.

—Volando sobre él, asiéndole por los cuernos y el rabo y halando luego hacia arriba, a un mismo tiempo, y con toda la fuerza posible.

—¡Excelente idea! —exclamaron las cigüeñas—. La pondremos en práctica al instante.

Un segundo después planeaban ambas encima del Guasubirá. Una de ellas le aferró las incipientes astas con su pico largo y fuerte. La otra hizo lo mismo con la brevísima cola, que el cuitado había levantado para facilitarle la tarea.



—¡A la una! ¡A las dos!... ¡Y a las tres! —gritó entonces Chispita.

Las dos aves aletearon de consuno y con brío, procurando remontarse verticalmente con el Guasubirá.

La tarea no resultó tan fácil como creían. El pegajoso cieno del tembladeral negábase a abandonar su presa. Afortunadamente varias de las garzas que andaban en el estero se aproximaron, picada su curiosidad por el estrépito de aquel continuo aleteo. Y al enterarse de lo que acontecía, resolvieron unánimes prestar su colaboración al salvataje. Una pareja asió a las cigüeñas por el fuerte y largo cuello, y fue a su vez asida de igual sitio por otra pareja. Nuevas garzas imitaron a las anteriores, y formóse así una cadena como de diez o doce aves.

—¡A la una! ¡A las dos!... ¡Y a las tres! —volvió a gritar Chispita, mientras Piquín contemplaba asombrado el insólito suceso.

Cigüeñas y garzas halaron a la vez, en un aletear perfectamente sincronizado. Tuvo entonces por fuerza que soltar a

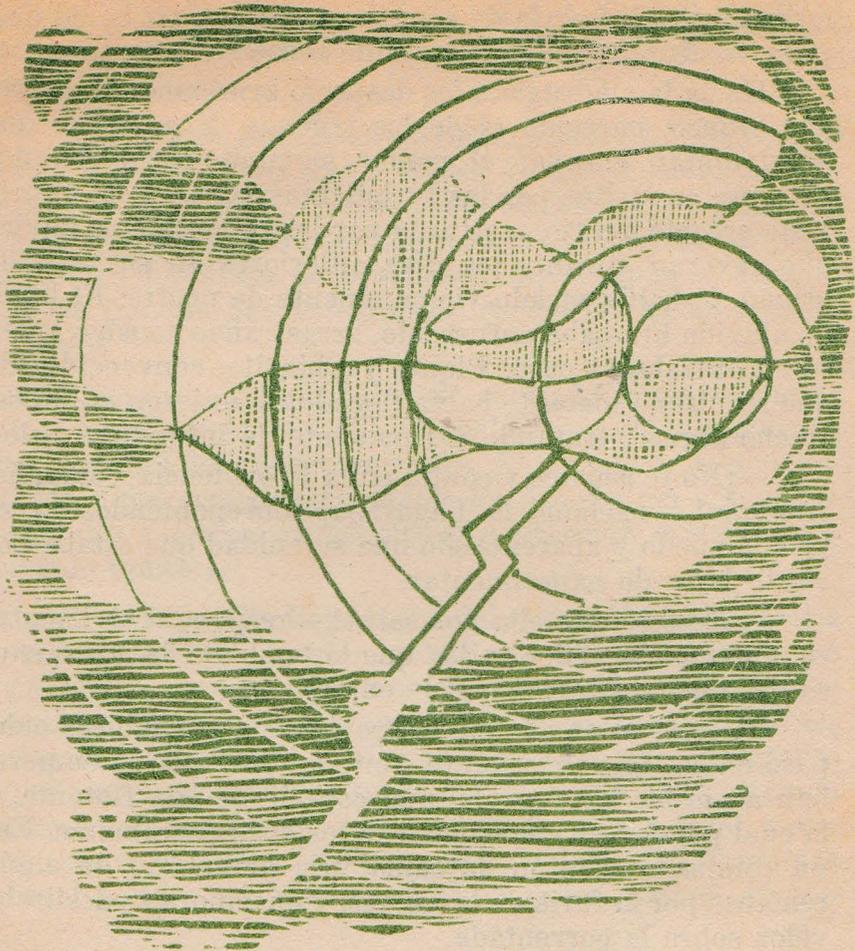
su víctima el tozudo fango del tembladeral, dejando oír un sor-do ¡plof! de protesta. Y el Guasubirá se vio de pronto levanta-do en vilo y llevado por los aires hasta una laguneta de aguas claras, distante un centenar de metros del estero. Allí pudo quitarse el lodo que recubría sus patas y su vientre. Cuando se sintió de nuevo limpio y en tierra firme, dueño por completo de sus movimientos, fue tal la alegría que experimentó que empez-ó a dar grandes brincos, riendo y llorando al mismo tiempo.

—¡Benditos sean mis bravos salvadores! —gritaba—. Yo ya creía que no iba a ver nunca más la luz del sol ni el hermo-so verdor de mis campiñas nativas. ¡Y heme otra vez brincando sobre este querido suelo, a lo largo y a lo ancho del cual vol-veré a corretear feliz y libre como todos los míos!

Chispita, Piquín, las cigüeñas y las garzas, emocionados al ver la desbordante euforia del Guasubirá, sonreían también en-tre lágrimas.

Platicaron un buen rato aún todos ellos, intercambiando promesas de amistad y afecto mutuos.

Cuando nuestros andarines se despidieron y reanudaron su viaje, hiciéronlo con nuevos bríos y con mayor entusiasmo, reanimados por aquel suceso en el cual, según iba diciendo Chis-pita a su compañero, habíase comprobado una vez más que unión significa fuerza, y que la solidaridad de los seres vi-vientes entre sí puede muchas veces, aún frente a las contin-gencias más adversas, tornarlos victoriosos.



XII EL REGRESO

Como el tiempo estaba en extremo tormentoso, y a consecuencia de ello hacía muchísimo calor aquella tardecita, nuestros pequeños andarines resolvieron acampar sobre la orilla misma de un ancho río, casi rozando el agua, a fin de aprovechar mejor la refrescante brisa que soplaba desde el cauce.

Y extenuados por la larga caminata del día, apenas cayó la noche se durmieron con un sueño profundo, sin sospechar si-

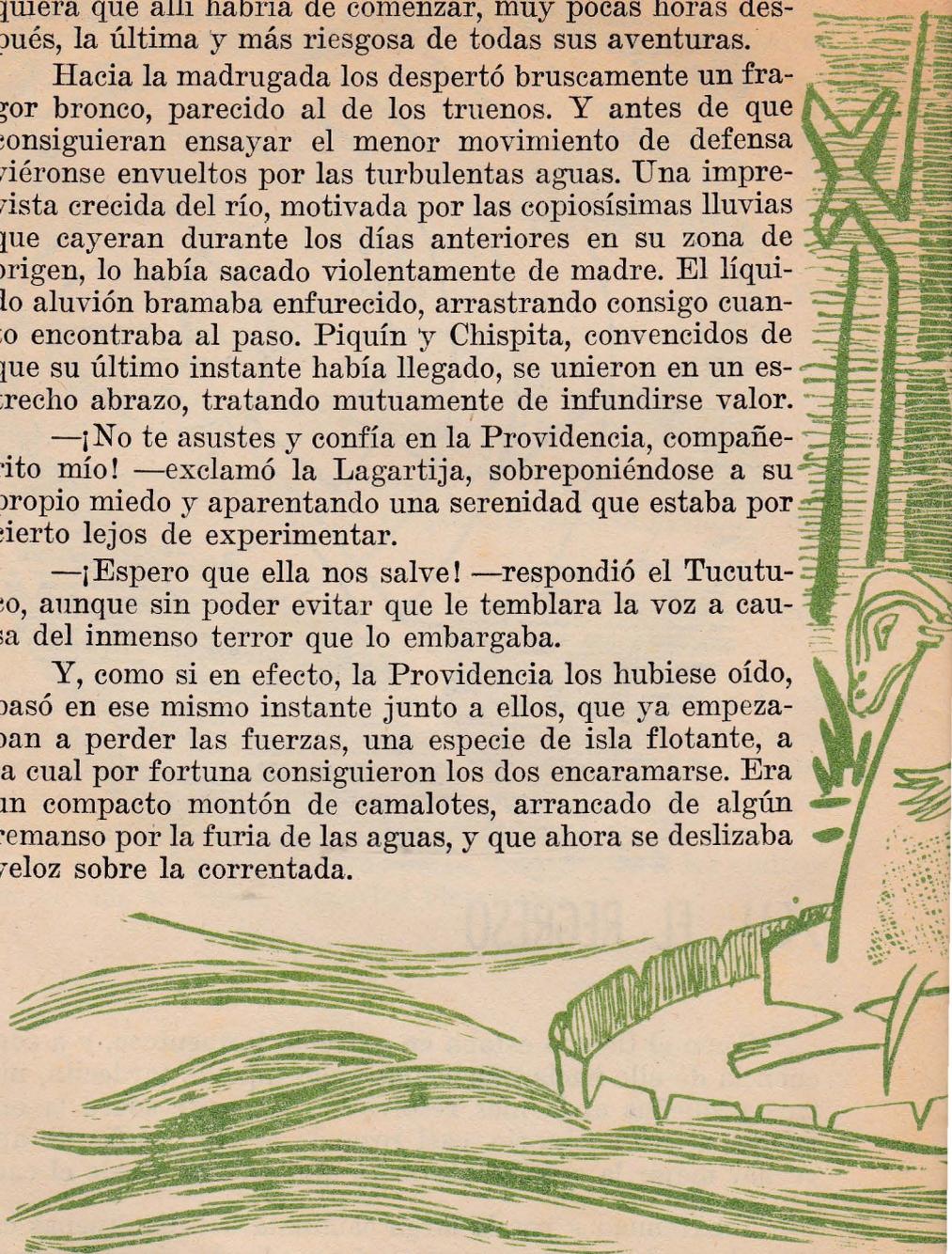
quiera que allí habría de comenzar, muy pocas horas después, la última y más riesgosa de todas sus aventuras.

Hacia la madrugada los despertó bruscamente un fragor bronco, parecido al de los truenos. Y antes de que consiguieran ensayar el menor movimiento de defensa viéronse envueltos por las turbulentas aguas. Una imprevista crecida del río, motivada por las copiosísimas lluvias que cayeran durante los días anteriores en su zona de origen, lo había sacado violentamente de madre. El líquido aluvión bramaba enfurecido, arrastrando consigo cuanto encontraba al paso. Piquín y Chispita, convencidos de que su último instante había llegado, se unieron en un estrecho abrazo, tratando mutuamente de infundirse valor.

—¡No te asustes y confía en la Providencia, compañero mío! —exclamó la Lagartija, sobreponiéndose a su propio miedo y aparentando una serenidad que estaba por cierto lejos de experimentar.

—¡Espero que ella nos salve! —respondió el Tucutuco, aunque sin poder evitar que le temblara la voz a causa del inmenso terror que lo embargaba.

Y, como si en efecto, la Providencia los hubiese oído, pasó en ese mismo instante junto a ellos, que ya empezaban a perder las fuerzas, una especie de isla flotante, a la cual por fortuna consiguieron los dos encaramarse. Era un compacto montón de camalotes, arrancado de algún remanso por la furia de las aguas, y que ahora se deslizaba veloz sobre la correntada.

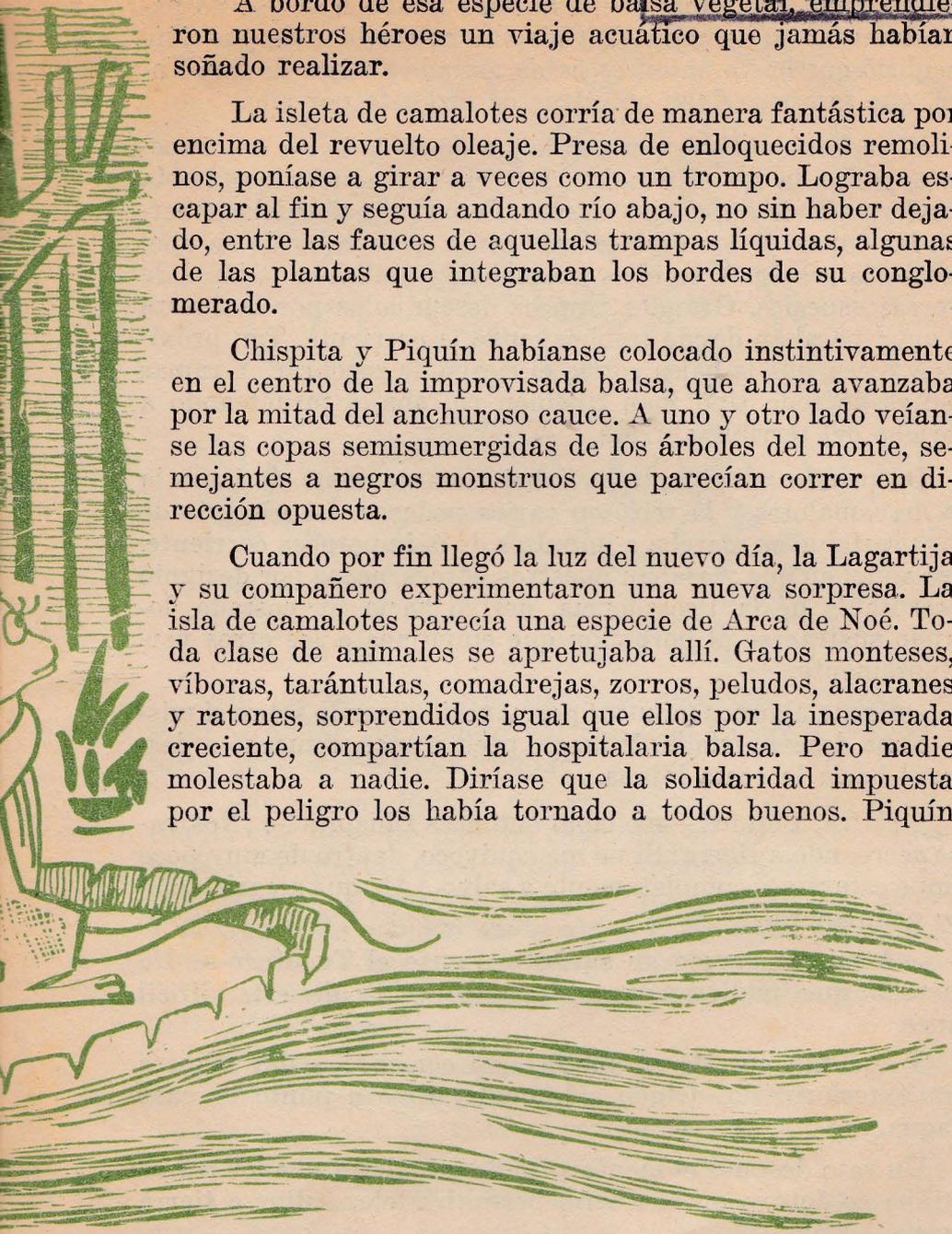


A bordo de esa especie de balsa vegetal, emprendieron nuestros héroes un viaje acuático que jamás habían soñado realizar.

La isleta de camalotes corría de manera fantástica por encima del revuelto oleaje. Presa de enloquecidos remolinos, poníase a girar a veces como un trompo. Lograba escapar al fin y seguía andando río abajo, no sin haber dejado, entre las fauces de aquellas trampas líquidas, algunas de las plantas que integraban los bordes de su conglomerado.

Chispita y Piquín habíanse colocado instintivamente en el centro de la improvisada balsa, que ahora avanzaba por la mitad del anchuroso cauce. A uno y otro lado veíanse las copas semisumergidas de los árboles del monte, semejantes a negros monstruos que parecían correr en dirección opuesta.

Cuando por fin llegó la luz del nuevo día, la Lagartija y su compañero experimentaron una nueva sorpresa. La isla de camalotes parecía una especie de Arca de Noé. Toda clase de animales se apretujaba allí. Gatos monteses, víboras, tarántulas, comadrijas, zorros, peludos, alacranes y ratones, sorprendidos igual que ellos por la inesperada creciente, compartían la hospitalaria balsa. Pero nadie molestaba a nadie. Diríase que la solidaridad impuesta por el peligro los había tornado a todos buenos. Piquín



estaba acurrucado junto a una enorme Araña a la que no parecía inmutar su cercanía. Y Chispita, al cambiar de posición, descubrió que hasta entonces había viajado encima de una Yarrará, que tampoco daba muestras de disgusto por ello.

El espectáculo que contemplaban desde la balsa era imponente, pero a la vez espléndido. Parecía que aquel río se había transformado de improviso en mar. Como pequeñas islas emergían las copas de los árboles más altos, a cuyo borde se apeñuscaba la resaca. Y en ellas graznaban y chillaban pájaros de diversas especies. Grandes troncos descuajados por la fuerza del agua pasaban dando tumbos entre la corriente. Tan próximos a veces, que la balsa corría el riesgo de zozobrar. Y ramas y hojas de todo tipo iban también río abajo, pirueteando a capricho del terrible aluvión.

De pronto un gigantesco árbol flotante tomó de lleno la isla de camalotes y la trizó en varios pedazos. La mayoría de ellos prosiguió su marcha a impulsos de la impetuosa corriente. Pero aquel en que viajaban nuestros héroes, acaso por designio inescrutable de la Providencia, derivó hacia un costado, logrando sustraerse al borbollón que empujaba a los otros vertiginosamente.

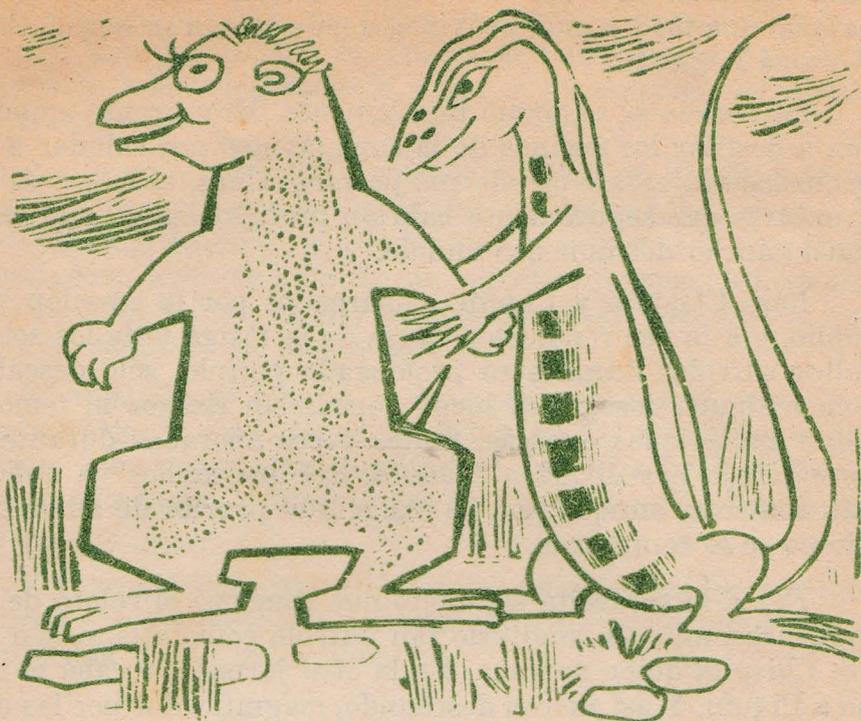
Durante algunos minutos permaneció girando sobre sí mismo, como desconcertado. Y luego, poco a poco, comenzó a deslizarse hacia la costa lejana.

—¡Mira, Piquín! —exclamó entonces Chispita—. ¡Nos vamos acercando a tierra! Si no me equivoco, dentro de muy poco tiempo estaremos completamente a salvo. ¡Ah, qué alegría, querido compañero!

—A mí me parece un sueño —repuso el Tucutuco—. No esperaba que pudiéramos escapar con vida de este difícil trance.

Y era tan grande su júbilo, que comenzó a dar brincos para exteriorizarlo, debido a lo cual estuvo a punto de caer al agua.

Un rato después el montoncito de camalotes que los transportaba se detuvo en la ribera, permitiéndoles saltar a tierra firme.



Allí los esperaba otra sorpresa gratísima. Apenas empezaron a andar, alejándose del río, dijo Chispita echando en torno suyo una mirada atenta:

—Me parece, Piquín, que yo conozco este sitio. A ese coronilla que tiene un nido de calandria en sus ramas, creo haberlo visto muchas veces antes. Y también a ese matorral de paja brava, y a esos tres “cupíes” que se alzan más adelante, y al tronco de canelón caído ahí a la derecha. ¿Será posible tanta dicha, mi buen amiguito? ¿Estaremos de nuevo en nuestro pago natal? ¡Pero claro que estamos! ¡Mira quién viene allí! ¡Mi tío Lagarto!

El viejo saurio se aproximaba en efecto, con el propósito de contemplar la creciente. Y él mismo, después de las exclamaciones de asombro y del apretado abrazo de rigor, condujo a nuestros héroes hasta sus respectivas viviendas.

La alegría que en ellas estalló fue indescriptible. Papá y Mamá Tucutuco, y los hermanitos de Piquín, lagrimeaban de

pura felicidad en torno del viajero. Y otro tanto hacían, debajo de una piedra muy próxima, donde tenían su hogar, Papá y Mamá Lagartija.

La noticia se extendió rápidamente. Muy pronto empezaron a desfilar los vecinos de la zona, ávidos por saludar a los pequeños viajeros y oír, de sus propios labios, el relato de las aventuras que seguramente habrían protagonizado, a lo largo y a lo ancho del inmenso mundo.

Pero Chispita y Piquín, embargados por la emoción y el júbilo, y a la vez rendidos a causa de la fatiga y de los sobresaltos sufridos durante su prolongado periplo, sólo deseaban comer alguna cosa, para luego dormir sin riesgos ni temores sobre sus propias camitas, tantas veces añoradas durante su peregrinaje por diversos caminos, del que ambos ya anhelaban retornar, aunque por un exagerado prurito de amor propio no se lo confesaran.

Fue a la tardecita siguiente que comenzó el relato de las aventuras, ante un auditorio tan nutrido como atento. Un día era Chispita quien narraba. En la otra jornada, tocaba el turno a Piquín. Y así fueron desfilando, magnificados por las descripciones coloridas y —¿por qué no?— un tantillo exageradas de nuestros andarines, el Apereá Juan Sin Miedo, la Avispa Flecha Alada, el manso buey Sin Apuro, las danzarinas Luciérnagas, la ingenua Mamá Chingolo, el Cabo Ñacurutú y la Parejera ladrona, los Peces y el Lobo, la Mulita y el Carpincho, la Libélula y el Langostón, la Tortuga doña Pachorra, el joven Guasubirá prisionero de la ciénaga y, por último, los diversos ocupantes de la balsa de camalotes que la inundación convirtiera en criolla Arca de Noé.

La admiración mantenía boquiabiertos a los cándidos oyentes, que nunca habían abandonado el lugar donde nacieran, y que por lo tanto estaban muy lejos de imaginar cuántos peligros y cuántas maravillas hay en el mundo inmenso.

Los narradores ponían especial énfasis en destacar los sustos recibidos, y las proezas realizadas a despecho de todos los obstáculos y de todas las dificultades que debieron enfrentar para llevarlas a cabo.

Y cuando acabó el último relato, tuvieron que comenzar de nuevo, pues había muchísimos animales llegados tarde y de muy lejos para oírlos, los cuales solicitaban escuchar desde el principio las vicisitudes y hazañas de aquella incomparable odisea.

Así, poco a poco, fue creciendo la fama de Piquín y Chispita, hasta extenderse lo menos por una legua a la redonda. Y hasta el viejo Lagarto, con todos sus conocimientos y su larga experiencia, hubo de admitir que aquellos jovencitos, en tan poco tiempo, habían visto y aprendido mucho más que lo que vio y aprendió él en tantos años.

Ni Chispita ni Piquín se envanecieron con el renombre, la admiración y los halagos recibidos. Por el contrario, continuaron demostrando la encantadora sencillez de siempre, y procurando hacer el bien y dar su ayuda a quienes la necesitaran.

Y fueron felices hasta el fin de sus días, unidos por una amistad que las peripecias, aventuras y riesgos vividos en común, había vuelto indisoluble.

JOSÉ ANTONIO PADULA

INDICE

| | <i>Pág.</i> |
|-----------------------------------|-------------|
| I.— En busca de aventuras | 5 |
| II.— Juan sin Miedo | 11 |
| III.— Un gigante servicial | 16 |
| IV.— La fiesta de las luciérnagas | 21 |
| V.— Los pichones de tordo | 29 |
| VI.— Otro susto de Piquín | 35 |
| VII.— La liberación de los peces | 41 |
| VIII.— El terremoto | 47 |
| IX.— Doña Pachorra | 53 |
| X.— El Langostón envidioso | 59 |
| XI.— La ciénaga | 65 |
| XII.— El regreso | 71 |



